SUMARIO

ESTUDIOS

- **La cultura del éxito.**
  José María RODRÍGUEZ OLAIZOLA 629
- **Dos palabras. Dos personajes.**
  Éxito y fracaso en la vida de Raquel y de Abraham.
  Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ 645
- **Convivir, afrontar y acompañar los fracasos.**
  Iosu CABODEVILLA ERASO 657
- **Cómo vivir el éxito y el fracaso. Claves evangélicas.**
  José Antonio GARCÍA, SJ 673

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Amamos nuestra tierra,**
  pero... no somos felices en ella.
  Las Comunidades de Paz del Urabá chocoano.
  Fundación ENTRECULTURAS 687

RELIGIÓN, VIOLENCIA Y RECONCILIACIÓN

- **7. ¿Es el Islam un peligro?**
  Emilio GALINDO AGUILAR 691

LOS LIBROS

- **De «Proyecto de hermano» a agradecimiento de hermanos. Simposio con J.I. González Faus.** . . 705
- **Recensiones** 707

PRESENTACIÓN

«Dime en qué te sientes fracasado/a y/o exitoso/a, y te diré donde estás poniendo el núcleo de tu identidad».

Un conocido psicólogo español pronunció, no hace mucho tiempo, la frase que abre esta presentación del presente número de *Sal Terrae* sobre el tema del éxito y el fracaso.

Los éxitos y los fracasos entretejen nuestra existencia. Ambos son inherentes a la naturaleza humana. Expresan nuestra potencialidad y nuestra limitación, nuestra grandeza y nuestra fragilidad; forman parte del engranaje del vivir. Decidimos que una acción es un éxito o un fracaso en función de nuestro sistema de creencias, valores y exigencias. Hablamos de fracaso cuando nuestras expectativas, proyectos o aspiraciones no llegan a realizarse o a cumplirse como esperábamos, mientras que nos vivimos con éxito cuando llegamos a cumplir nuestros proyectos según nuestras expectativas.

Las experiencias de éxito y de fracaso nos son indispensables para vivir. Las primeras nos aportan valor, alimentan la confianza en nosotros mismos, recompensan nuestro esfuerzo; las segundas nos enseñan aspectos nuevos de nuestra persona, nos ayudan a recapacitar, a cambiar, a reformular nuestros sentidos. Tan importante es dialogar y convivir con nuestros éxitos como con nuestros fracasos. Sin embargo, apenas dedicamos tiempos y palabras a escuchar y nombrar la humanidad y el significado que se esconden tras ellos.

Este número, con el que iniciamos una nueva etapa –de trabajo para los que comienzan el año académico; de descanso para los que lo terminan–, pretende ser una invitación a cultivar la interioridad inherente a estas experiencias. De la mano de *José Mª Rodríguez Olaizola*

nos podemos situar en los marcos de referencia que nuestra sociedad, cada vez más fragmentada e instantánea, propone para interpretar nuestras acciones como éxito o como fracaso. Ante la constatación de la falta de horizontes de sentido que nos ofrece nuestra cultura del éxito, *Enrique Sanz* nos acerca los modelos de Raquel y Abraham, donde el binomio éxito-fracaso se trastoca y trasciende. *Iosu Cabodevilla* nos indica cómo convivir y afrontar nuestras vivencias de éxito y de fracaso de manera sana y constructiva. Y *José Antonio García* nos ayuda a convertirlas en una experiencia espiritual.

ST 90 (2002) 629-643

ESTUDIOS

La cultura del éxito

José María RODRÍGUEZ OLAIZOLA, SJ*

Hace unos meses, visitando la exposición fotográfica «Migraciones», de Sebastião Salgado, una imagen me llamó poderosamente la atención: en uno de tantos países rotos, tras una de tantas tragedias anónimas, una pala excavadora apila cadáveres en una fosa común. El cadáver retorcido de una mujer aparece en primer plano, con un brazo rígido sobresaliendo desde ese extraño ataúd de hierro. Poco tiempo después, asistí a un servicio fúnebre por el padre de un conocido. En una preciosa sala se repartían decenas de coronas, con cintas nombrando a quienes el difunto dejaba atrás. La música de fondo ayudaba a crear un espacio de tranquilidad. Incontables visitantes se fueron acercando a prestar sus últimos respetos a una familia apenada y a un cuerpo que, vestido y maquillado para la ocasión, resultaba sereno y pacífico. Al día siguiente sería enterrado en un cementerio, con una losa de mármol grabada con su nombre como mudo testimonio de su eterno descanso. Con este artículo en mente, no pude dejar de preguntarme cómo interpretar éxitos y fracasos en vidas tan diferentes.

¿Qué significa hablar de «cultura del éxito»?

Hablar de la cultura del éxito desde una perspectiva sociológica permite al menos tres aproximaciones. En primer lugar, el concepto es ampliamente empleado en *sociología de la empresa.* «Cultura del

* Jesuita. Sociólogo. Valladolid.

éxito» y «sociedad del éxito» son aquí el primer exponente bajo el que se aglutinan áreas sobre estrategias empresariales, balance de riesgos y oportunidades, u oportunidades de gestión. En este sentido, el éxito y, en su ausencia, el fracaso harán referencia a proyectos particulares, se relacionarán con situaciones de mercado, oportunidad, planificación adecuada o consecución de objetivos. Este artículo no tiene mucho que ver con sociología de la empresa.

En segundo lugar, cabe una aproximación más amplia, más genérica, que trata de tomar el pulso de una sociedad. Se trataría de *definir la sociedad atendiendo a sus valores.* Hoy en día se habla de cultura de masas, imperio de lo efímero, cultura de la imagen, sociedad de consumo u otras etiquetas similares. Para definir una cultura como «cultura del éxito» habría que señalar que el valor del éxito es esencial en dicha cultura, y habría que explicar en qué consiste dicho éxito.

Para empezar, tendríamos que acotar en qué sociedad. Digamos, en términos necesariamente vagos, que hablamos de la sociedad occidental; y, si queremos ser más precisos, de la sociedad española –sin entrar ahora en las incontables precisiones que tal concepto requeriría. El estudio social de los valores nos llevaría a preguntarnos: ¿qué está considerado como éxito en el mundo en el que nos movemos? Podríamos acudir a encuestas de valores y ver qué es lo que se aprecia, diferenciando entre sectores de la población, géneros, nivel de vida, etc. Podríamos optar por un análisis cualitativo y buscar iconos del éxito y del fracaso (y la tentación de llenar este artículo de *Bisbales* y *Chenoas* sería inmediata, que hasta las revistas de teología pastoral tienen que beber de los «signos de los tiempos»)[1]. O hablaríamos del auge y eclipse de Mario Conde, tratando de leer en su historia una parábola de décadas recientes de nuestra historia. O, peor aún, podríamos hacer un estudio de las audiencias televisivas en los últimos años, para ver qué tipo de lecturas cabe hacer de determinados fenómenos. Y, así, podríamos decir que hemos pasado, de la apología de la vacuidad en *Gran Hermano,* a redescubrir el mérito y el esfuerzo de *Operación Triunfo...* Y con un

1. Para lectores de otras latitudes baste indicar que estos nombres corresponden a personas que están de actualidad en España en el momento de escribirse este artículo. Cada época tiene sus iconos, y ellos son reflejo de lo que se vive y valora en una sociedad. Lo mismo cabe decir de los programas televisivos citados a continuación.

poco de suerte nos lo creeríamos. Todas estas aproximaciones tienen un cierto encanto. Tienen algo de sentido común. Y hasta un ápice de intelectualismo, según el lenguaje que se utilice. Pero son demasiado frágiles.

Necesitamos *marcos de referencia para entender cómo se fraguan determinados principios en una sociedad.* Necesitamos coordenadas, un mapa desde el que entender a qué obedecen determinados valores y determinados silencios. El tercer enfoque desde el que atender a la cultura del éxito arranca de esos marcos. Proponemos dos ejes que determinan la manera en que se entiende en nuestra sociedad el éxito y el fracaso: primero, entre la continuidad y lo instantáneo; segundo, entre lo individual y lo colectivo. En las próximas páginas intentaremos, en la medida en que el espacio nos lo permita, definir esos ejes y señalar en qué medida influyen en la percepción existencial del éxito y el fracaso.

El tiempo. entre la continuidad y el instante

El triunfo de lo instantáneo

¿Cómo definir la sociedad contemporánea? En la última década, la acumulación de definiciones parece acelerarse: los profetas de la postmodernidad han dado paso a la omnipresente globalización, analizada desde los prismas de la sociedad red, sociedad del riesgo, sociedad post-tradicional, modernidad reflexiva o segunda modernidad, por citar los desarrollos más sólidos. Todos estos discursos, con sus diferencias y sus propias lógicas, coinciden en señalar el proceso de compresión en la percepción del tiempo[2].

¿Qué quiere decir esto? Que vivimos en la cultura de lo instantáneo, donde la idea de una línea continua entre un venir del pasado (tradición, memoria) y una perspectiva de futuro (proyectos, porvenir, progreso o posibilidad de predecir el curso de los acontecimientos) va desapareciendo del horizonte. El caso extremo sería la sociedad del instante, sin memoria y sin futuro, presa de lo inmediato, del aquí y ahora, del ya. No hemos llegado aún a esta sociedad del instante, pero, cada vez más, *mañana* se vuelve un concep-

2. Siguiendo a David HARVEY, que propuso la compresión cíclica de tiempo y espacio como rasgo de la modernidad, acelerado vertiginosamente en la postmodernidad, en *The Condition of Postmodernity* (Blackwell, Oxford 1990).

to hueco, mientras *ayer* es un producto de consumo en forma de historias y tradiciones turísticas, indiferenciadas en parques temáticos y películas anacrónicas, a base de mezclar referencias[3]. Como ha señalado Zygmun Bauman, «el largo plazo, aunque aún nos referimos a él por costumbre, es una concha vacía carente de sentido»[4]. Aunque lo instantáneo no es todavía el único referente, sí es quizás el último ideal.

Esta pérdida de memoria y de proyectos se produce a todos los niveles. Las sociedades pierden la capacidad de recordar. No ya recordar la historia, sino eventos recientes. ¿Qué fue de las proclamas «genocidio, nunca más» cuando las leemos a la luz de la política internacional de la última década? ¿Qué fue de las hambrunas que ocuparon titulares en los ochenta y noventa? Aunque no podemos entrar en análisis pormenorizados, resulta evidente que los medios de comunicación social, y en especial la televisión, han desempeñado un papel esencial en esa fugacidad de lo que ocurre[5]. Y lo que ocurre al nivel social ocurre también al nivel individual. La incapacidad de percibir la continuidad tiene al menos tres consecuencias.

Primero, en una sociedad regida por el precepto de la flexibilidad, las estrategias vitales sólo pueden atenerse al corto-plazo. En consecuencia los compromisos, los proyectos, los horizontes vitales, pierden toda perspectiva de duración. ¿Quién puede decir hoy «para siempre»?[6]

Segundo, cuando se pierde la capacidad de esperar, el resultado es vivir en la cultura de la urgencia: si no hay nada que esperar, «ahora» es lo que importa[7].

---

3. Manuel CASTELLS, *The Rise of the Network Society* (Blackwell, Oxford 1996), 429-468.
4. Zygmun BAUMAN, *Liquid Modernity* (Polity Press, Cambridge 2000), 125
5. D. HARVEY, *op. cit.,* 59-61, ofrece agudas afirmaciones en este sentido.
6. Z. BAUMAN, *op. cit.,* habla del corto plazo como única estrategia (138), y de la imposibilidad de ideas sobre *para siempre:* «Compromisos del tipo "hasta que la muerte nos separe" se convierten en contratos "mientras dure la satisfacción", temporales y transitorios por definición».
7. M. CASTELLS ha citado algún interesante estudio sobre «la cultura de la urgencia», en *The End of Millenium* (Blackwell, Oxford 1998), 160. La cultura de la urgencia (basada en un estudio sobre niños en las calles de Caracas y São Paulo) es la idea de que no hay futuro ni raíces, sino tan sólo un presente hecho de instantes, de cada instante. En consecuencia, la vida tiene que ser vivida como si cada instante fuese el último, sin otra referencia que el cumplimiento explosivo del máximo consumo.

Tercero, la inmediatez de la gratificación está por encima de cualquier idea de sacrificio o de esfuerzo. En una sociedad que vive anclada en un perpetuo presente, la felicidad (entendida como placer) se vuelve un imperativo. En palabras de Bruckner,

> «...por el deber de ser feliz entiendo esta ideología propia de la segunda mitad del siglo XX que lleva a evaluarlo todo desde el punto de vista del placer y del desagrado, este requerimiento a la euforia que sume en la vergüenza o en el malestar a quienes no la suscriben»[8].

Consecuencias para la vivencia del éxito y el fracaso

Pues bien, si vivimos en una cultura que se va desplazando, desde aquella idea moderna de la linealidad del tiempo y la continuidad de la historia, hasta la cultura del instante, este cambio necesariamente influirá en cómo se vivan el éxito y el fracaso.

En una cultura con perspectiva temporal hay lugar para el fracaso, mientras que en la cultura del instante todo lo que suene a derrota, dificultad, (ab)negación o fallo ha de ser negado. Sin embargo, esa negación no quiere decir que no exista. No hay que tener mucho sentido común para afirmar que sigue habiendo hoy triunfos y fracasos en nuestro mundo. Lo que ocurre es que el fracaso habrá de minimizarse o, simplemente, ser negado. Es un proceso similar al ocultamiento de la muerte, convertida en un momento que ha de ser silenciado, aislado del contexto cotidiano y, a ser posible, olvidado cuanto antes.

La cuestión básica con la desaparición de la idea de continuidad es que resulta mucho más problemático hacer preguntas por el sentido que tienen las acciones, los proyectos vitales o la misma vida. «Vivimos en un mundo donde hay cada vez más información, y cada vez menos sentido»[9]. Cuando hablamos de hechos o nociones que tienen sentido, el mismo concepto expresa algo así como perspectiva, horizontes. Evoca el venir desde un punto y caminar hacia otro. Cuando el horizonte está marcado por lo efímero y por la fragmentación, y, como hemos señalado, el marco en el que nos move-

8. Pascal BRUCKNER, en *La Euforia Perpetua* (Tusquets, Barcelona 2002), 18.
9. Jean BAUDRILLARD, *Simulacra and Simulation* (University of Michigan Press, 1994), 79.

mos es un corto plazo cada vez más restringido a lo inmediato, la búsqueda de sentido se vuelve una tarea ardua, cuando no imposible. En un horizonte de sentido, el fracaso tiene un lugar. Puede ser percibido como ocasión de aprender o de madurar, o puede ser integrado a la luz de otras experiencias positivas. Y el éxito puede ser matizado por la perspectiva de cambio. En un horizonte de presente, el fracaso es trágico, y el éxito ha de ser exprimido mientras dure, pues puede agotarse en cualquier momento.

Ahora bien, en las vivencias cotidianas de las gentes la pintura es más compleja que este «todo o nada». El sentido puede ser fragmentado, indefinido, y sin embargo existe. Y la vivencia de horizontes, sin ser lineal, tampoco es necesariamente reducida al instante. Más adelante volveremos sobre esta indefinición.

El sujeto del éxito y el fracaso. Individuo y masas

El proceso de individualización

La modernidad inició un proceso de individualización que no se ha visto detenido, sino tal vez acentuado por recientes cambios. La modernidad supuso la desaparición de una cosmovisión religiosa que unificaba las percepciones de la realidad[10]. Se ha hablado sin descanso de secularización y de emancipaciones. La cosmovisión religiosa fue sustituida por la racionalidad científica. El Dios cristiano, por la diosa razón. La fe, por la ciencia. La acción divina, por la historia humana. La creación, por la naturaleza. La ley moral, inscrita por Dios en el corazón humano, se redujo a ley natural, entendida con muy diversos contenidos. La idea de cristiandad, primero se rompió por dentro, y luego fue sustituida por nuevas comunidades, siendo la nación y el Estado moderno las referencias emergentes. La teología y la filosofía dieron paso a la multiplicación de disciplinas que tratarían de diseccionar la organización social (economía, sociología), el comportamiento individual (psicología), los pueblos y culturas (antropología); y aun de éstas se desgajaron nuevas ramas, creando una pintura del saber abigarrada y compleja.

10. Peter L. BERGER, *The Sacred Canopy* (Anchor Books, New York 1990), 46, habló de «estructuras de plausibilidad», que permiten que sucesivas generaciones de individuos sean socializados de tal manera que perciban la realidad de modo común.

Pero pronto la misma razón deja de ser la única referencia, en un contexto que aprende a simultanear el discurso racional con la expresión estética, y lo empírico con lo expresivo. La moral se enfrenta al nihilismo, y tras la batalla emergen múltiples discursos sobre ética, donde los valores se complementan con intereses, y los principios con posibilidades[11]. La Historia deja de ser una, para leerse como mil historias particulares. Las referencias comunitarias (nación, Estado moderno) se tambalean. Y la misma ciencia cae bajo sospecha[12].

Pues bien, en ese proceso un único sujeto permanece como el actor de la vida: el individuo. El individualismo, o el proceso de individualización, no significa aislamiento o autismo de los seres humanos. Significa, sobre todo, que cada individuo debe producir, diseñar, representar y remendar su biografía[13]. Cada vez menos nos encontramos con vidas homogéneas e intercambiables. El «ciudadano medio» es cada vez menos «medio» (y, de paso, menos ciudadano; pero eso habrá que tratarlo en otro lugar). Los individuos

11. Sirva como ejemplo lo señalado por Gilles LIPOVETSKI al hablar de la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos en *El Crepúsculo del Deber* (Anagrama, Barcelona 1998[4]), 17: «Abogamos aquí por la causa de las éticas inteligentes y aplicadas, menos preocupadas por las intenciones puras que por los resultados benéficos para el hombre, menos idealistas que reformadoras, menos adeptas a lo absoluto que a los cambios realistas, menos contaminatorias que responsabilizadoras». O la imagen, enormemente gráfica, que señala John CARROLL, *Ego and Soul: The Modern West in Search of Meaning* (Harper Collins, Pymble [Australia] 1998). En este análisis irregular de la cultura moderna en busca de sentido, el autor ofrece una intrigante reflexión a propósito del eco de la vida y muerte de Lady Di. ¿Por qué fue tan admirada? Señala Carroll que en ella se comprueba que los ideales de la Cristiandad Católica (que estarían representados en Teresa de Calcuta) son ahora algo del pasado y han sido reemplazados por una concepción de la bondad mucho más humana (206). La lección es que en Diana vemos cómo quiere la modernidad su icono sagrado. Por una parte, quiere belleza, pose, estrellato y debilidad cotidiana –esto es, mucho ego–; y, por otra, quiere la humildad generosa del cuidado por los afligidos –esto es, santidad– (208).
12. Ulrich BECK, en *The Risk Society* (Sage, London 1992), señala los problemas de la ciencia como único creador de definiciones válidas.
13. U. BECK, «The Reinvention of Politics», en (Beck, Giddens and Lash) *Reflexive Modernization* (Stanford University Press, Stanford 1994), 1-55. También en la citada *Risk Society* señala Beck que la individualización está relacionada hoy con la demanda por el control del propio tiempo, dinero, espacio vital y cuerpo (y, por tanto, es un lujo). Esta individualización sería hoy el producto del mercado de trabajo, y se manifiesta en la adquisición y aplicación de una enorme variedad de habilidades laborales (91-102).

eligen cómo quieren su vida, y el derecho a escoger (y a rectificar cuando se quiera) se pretende inviolable.

Las instituciones definitorias de la modernidad –familia, iglesia, trabajo– están lejos hoy de la homogeneidad que tuvieran antaño. Donde la familia nuclear (casada por la iglesia, por supuesto) fuera la norma, hoy se entrecruzan hogares monoparentales, familias que reúnen hijos de varios matrimonios anteriores de uno o ambos cónyuges, parejas heterosexuales sin hijos por opción, parejas homosexuales con hijos por adopción, madres solteras que han recurrido a la fecundación in vitro... ¿Y qué decir de la religión? Cuando menos, habrá que hablar de religiones a la carta: «Cristo sí, Iglesia no», claman algunos católicos. O cristianismo con reencarnación, eligen otros. Por no hablar de las nuevas esferas de lo sagrado, de todas las espiritualidades *New Age* y demás. En cuanto al trabajo, quedan lejos los tiempos en que conseguir un empleo suponía tener ya asegurado el lugar donde uno iba a estar toda su vida. Hoy en día, bajo la etiqueta de «flexibilización» se adivina una movilidad inevitable en la vida de quien se incorpora al mercado de trabajo. Cam-bio de empleo frecuente, trabajo a tiempos parciales o formación individualizada es, cada vez más, el horizonte laboral[14].

Consecuencias para la vivencia de éxito y fracaso

Baste lo dicho para hacerse una idea de cómo cada individuo se convierte en medida y referencia a la hora de vivir. ¿Qué supone esto cuando pensamos en el éxito y el fracaso?

En primer lugar, cada individuo tenderá a definir el éxito y el fracaso a su manera y de acuerdo con sus propios horizontes. Lejos quedan los tiempos en que éxito o fracaso podían ser definidos rígidamente por instancias de autoridad indiscutida. Ya no hay una Iglesia que defina (o ya no se le hace mucho caso) el éxito en términos de salvación, y el fracaso como condenación. El Estado ya no es capaz de convencer a los ciudadanos de que lo que es bueno para el país es bueno para los individuos: el servicio militar obligatorio es un compromiso vacío hasta que se convierte en resultado de elecciones personales, esto es, ejército profesional. Aquel que puede se

14. Un exhaustivo estudio con datos sólidos sobre los cambios en trabajo y familia en la era de las nuevas tecnologías es ofrecido por Martin CARNOY, *Sustaining the New Economy. Work, Family and Community in the Information Age* (Harvard University Press, Cambridge [Mass.] 2000).

lleva su dinero a un paraíso fiscal, pues, al fin y al cabo, que la economía del país vaya bien o mal poco importa, si las propias finanzas están boyantes.

¿Quién va a definir el éxito y el fracaso? ¿Los medios de comunicación? Hay una lectura muy negativa que dice que los medios de comunicación homogeneízan y matan la capacidad crítica de la gente. Sin embargo, también cabe la posibilidad de que la manera en que las personas «consumen» lo ofrecido por los medios provoque resistencia, ironía, capacidad de elegir, y, en general, capacidad de actuar[15]. Y en el caso de que los medios de comunicación influyan en la concepción del éxito y fracaso, no es porque generen una masa amorfa y homogénea, sino por su influencia distinta sobre cada individuo.

El caso es que el modo como se defina el éxito y el fracaso hoy en día tiene mucho que ver con las biografías individuales. ¿En qué sentido es individual el éxito o el fracaso? ¿Se puede dibujar un perfil del éxito en nuestra sociedad? Se puede intentar –y cada año, en torno a la Navidad, periódicos y revistas nos bombardean con listas de los rostros del éxito y del fracaso: deportistas, actores y actrices, cantantes, banqueros, empresarios... La mayoría de esos casos son de individuos que han tenido éxito, pero no de modelos del éxito y el fracaso diario de la vida de las personas. Por más que miles de personas se presenten a los *castings* de programas televisivos queriendo cambiar sus vidas de la noche a la mañana, no dejan de ser una minoría cuando se comparan con los millones que jamás se plantearían nada parecido.

¿Hay elementos comunes en la percepción mayoritaria del éxito? Ciertamente los hay: «¿Qué es lo que usted consideraría éxito en su vida?», pregunta el encuestador. Y la población encuestada responde: «mi familia», «tener mucho dinero», «la salud», «viajar», «la pareja», «amigos», «prestigio», «dejar de fumar», «independizarme», «poder estudiar una carrera», u otras opciones. Pero, incluso si hay homogeneidad, es matizada por las circunstancias personales y por la increíble pluralidad de esos mismos conceptos que alguna vez fueron unívocos. Incluso si la imagen de la «familia» indicase éxito, ¿qué imagen de la familia se tiene en mente al hacer esa afirmación?

15. Así lo formula Arjun APPADURAI en *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization* (University of Minnesota Press, Minneapolis 1996), 7.

¿O qué es fracaso? ¿Un divorcio? Se vivirá de modo muy distinto si cuando se contrajo matrimonio de veras se pensaba en «para siempre» o si ya se funciona con la lógica de «hasta que dure». ¿Un despido? ¿Un salario insuficiente? (¿y cuándo es suficiente?) ¿Qué mi hija adolescente tenga un hijo? ¿Un traslado forzoso? ¿Suspender una oposición? ¿Engordar unos kilos?

El hecho es que las biografías individuales suponen cada vez más que lo que es éxito o fracaso es algo personal y no fácilmente intercambiable. Aquello de que para «realizarse» un hombre tiene que plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro, aparte de ser un tanto simplón en cualquier tiempo (o un romántico y discutible ideal), hoy tendría que ser sustituido por una ingente cantidad de opciones (no acumulativas), con matices para cada hombre y cada mujer.

Evidentemente, hay mucha gente que no puede plantearse elegir. Para una vasta parte de la humanidad el éxito puede ser analizado en términos de supervivencia, y el fracaso es entonces la muerte. Y si hablamos de condiciones de vida dignas (acceso a una alimentación suficiente, educación o sanidad), entonces es la mayoría de la humanidad la que no tiene garantizadas dichas condiciones. Este dato nos permite una doble reflexión.

Por una parte, tendremos que afirmar que el que, consciente o inconscientemente, uno pueda decidir (o definir) lo que va a entender por éxito o fracaso, es un privilegio (y tal vez una responsabilidad). Para mucha gente la posibilidad de elegir o de proyectar es una quimera.

Sin embargo, desde otro punto de vista, incluso en las vidas más vapuleadas cabe hoy la posibilidad de elección. Tal vez una de las consecuencias de la circulación global (en distintos grados) de imágenes, gentes, capitales y trabajadores haya sido el abrir los ojos a las víctimas sobre su condición. Y en ello hay una chispa de esperanza. Como señala Appadurai:

> «Incluso la más desesperanzada de las vidas, la más brutal y deshumanizadora de las circunstancias o la más cruel de las desigualdades están hoy abiertas al juego de la imaginación [gracias a las posibilidades que los medios de comunicación han hecho concebir a esas vidas]. Prisioneros de conciencia, niños esclavos, mujeres que trabajan con dureza en campos y fábricas del mundo, y otros cuyo destino es áspero, ya no ven su vida sin más como el

resultado de un orden dado, sino como un irónico compromiso entre lo que ellos pueden imaginar y lo que la vida social va a permitir»[16].

En esa capacidad de imaginar alternativas está la semilla del cambio.

Los objetos del éxito

Llegados a este punto, sí podemos tratar de hacer algunas referencias a la manera particular, concreta, cotidiana, en que se vive el éxito y el fracaso en nuestra sociedad contemporánea. Ello ha de hacerse teniendo en cuenta lo que hemos señalado en los dos apartados anteriores:

Primero, el horizonte de sentido en la sociedad contemporánea es menguante; y ello supone la búsqueda de experiencias inmediatas y rápidas, y ciertamente no duraderas.

Segundo, el proceso de individualización ha ido ganando terreno sobre las pertenencias colectivas. Lo privado se come a lo público[17]. En realidad mucho de lo que hoy se llama «público» ya no es tal, sino realidades privadas que se airean. ¿Qué es, si no, la inmensa mayoría de los personajes «públicos» que pueblan las gacetas, tertulias y noticieros nacionales, sino individuos particulares que venden su intimidad, que los demás contemplamos con grados diversos de interés?

Cuando el éxito y el fracaso han de ser necesariamente instantáneos, lo mejor es que sean explosivos (sobre todo el éxito), pero breves (sobre todo el fracaso). Por lo tanto, lejos de detenerse a preguntarse por «el sentido de la vida», que para muchos resulta una anacrónica quimera o un imposible, las esperanzas e ilusiones han de ponerse en lo que promete esa instantaneidad. Ahora bien, cuanto más personales, individuales o particulares sean las opciones, tanta más intensidad está invirtiendo uno en ellas, y es muy difícil, por tanto, que prometan fugacidad. Conjugar lo individual y lo efímero no es fácil. Para evitar esta contradicción habrá que producir

16. *Ibid.,* 54.
17. Z. BAUMAN, *In Search of Politics* (Stanford University Press, Stanford 1999), ofrece una sugerente descripción de esa desaparición o debilitación de los espacios públicos en la modernidad tardía, o «postmodernidad».

situaciones en que lo personal no suponga demasiada implicación, o, en caso contrario, insertar lo personal en horizontes de sentido. Ello supone varias opciones, no necesariamente excluyentes.

Los sucedáneos del éxito

El éxito y el fracaso que contribuyen a formar la persona, que se ven en perspectiva, que forman parte del horizonte de sentido vital, pueden ser sustituidos por sucedáneos, que llegan a suplir la verdadera idea de un proyecto vital propio que incluya ideales y realidad, riesgos y seguridades, alegrías y tristezas hondas.

Cabe la posibilidad de cifrar las esperanzas de éxito y de fracaso en realidades menos individuales; *proyectos o pertenencias colectivas que no implican compromiso, sino pura emoción.* Nos vamos acostumbrando a las periódicas explosiones de júbilo que llenan las calles de ciudades enteras (y las fuentes, que siempre hay fuentes), cuando el equipo de fútbol local tiene algún éxito. O nos habituamos al disgusto colectivo que acompaña a un descenso de categoría o a la pérdida de una final. Lo único que se hace necesario es encontrar el vínculo adecuado que permita enlazar la propia vida con ese proyecto que se vuelve colectivo (y si por el camino hay que convertir a Johann Muehleg en «Juanito», se hace sin ningún rubor). Tanto el triunfo como la derrota son explosivos y apasionados, y movilizan a cientos de miles de personas. Pero pronto desaparecen en medio de la vida cotidiana. Siempre hay quien construye su vida en torno a estas pertenencias; pero para la mayoría estos éxitos y fracasos son manejables e indoloros.

Un segundo sucedáneo del éxito y el fracaso vital es *la contemplación del éxito y el fracaso ajenos.* Es lo que hemos señalado al hablar de la «publicidad» de vidas privadas. El abanico de personajes cuyos éxitos y fracasos se vuelven públicos abarca desde la ficción hasta la realidad, pasando por muchas versiones intermedias. (Y aquí sí cabe la alusión, que rechazábamos al principio, a los chicos y chicas de Operación Triunfo, con cientos de miles de personas convirtiendo en propio el éxito del candidato preferido, o llorando por la eliminación del ídolo). De nuevo, son celebraciones intensas y breves, que en unos meses pasarán al olvido, o lágrimas llenas de emoción pero vacías de intensidad y sin capacidad de transformar al individuo. Los españoles ven tres horas y media de

televisión al día[18]. Demasiados rostros ajenos se vuelven familiares. Demasiados nombres que no pertenecen a la vida cotidiana de encuentros y desencuentros. Demasiadas vidas sin relación con las propias se pueden convertir en referencias. Bodas y divorcios, ídolos que se levantan y caen, amores y odios que entran en nuestras vidas sin verdadera intensidad, en esa parodia de la realidad que Baudrillard ha definido como *simulacro*[19]. Nuestra vida social puede estar construida por vidas demasiado lejanas.

En tercer lugar, el *consumo* se convierte en una alternativa al éxito y el fracaso. Ciertamente, los mecanismos que funcionan en la sociedad de consumo son suficientemente complejos y no se pueden reducir a un factor. En lo que aquí nos interesa, señalemos que el carácter de cambio constante, la diversificación de opciones, la urgencia del placer y la búsqueda de nuevas gratificaciones son rasgos del ciclo del consumo que se ajustan mucho más a una sociedad marcada por el individualismo y la instantaneidad. En ese sentido, éxito y fracaso pueden ser identificados con tener o no tener y, más explícitamente, con adquirir o no adquirir. En este caso, las dimensiones existenciales del éxito y el fracaso son sustituidas por los cambiantes símbolos de *status.* Acierta Bauman cuando señala que la idea de la satisfacción consumista (efímera, por tanto) del deseo se puede convertir en la guía para las elecciones y en el criterio que define lo que es una vida válida y exitosa[20]. No tenemos aquí espacio para desarrollar cómo esta dinámica del consumo transforma la vida cotidiana. Sin embargo, baste señalar que la dinámica del consumo (y no necesariamente los objetos de consumo, sino la avidez de constante cambio) es, tal vez, el peor enemigo de la búsqueda de sentido, o su más perverso sucedáneo.

Éxito y fracaso en un horizonte de sentido

Finalmente, cabe la posibilidad de *vivir el éxito y el fracaso en un horizonte de sentido.* Terminábamos el apartado sobre lo instantáneo señalando que la realidad no es definible con pares excluyen-

18. Según el Estudio General de Medios, con datos comparados de los años 1997 a 2000, el consumo medio más bajo (año 2000), está estimado en 210 minutos: <http://www.aimc.es/aimc/html/acpr/LineaAbierta_26.pdf>, visitado por última vez el 9 de mayo de 2002 .
19. J. BAUDRILLARD, *op. cit.,* 1-11.
20. Z. BAUMAN, *In Search of Politics,* 76.

tes: «sentido» o «sin-sentido», «instante» o «duración»... En los marcos que hemos definido, las personas ocupan lugares intermedios. Tal vez no hay «para siempre» en el horizonte vital de mucha gente, pero sí hay plazos. Tal vez no hay un sentido que permita integrar todo lo que uno cree, vive, siente, espera y conoce, pero eso no quiere decir que las personas pierdan toda capacidad para preguntarse por el rumbo de sus vidas. Tal vez la vida se define desde coordenadas cambiantes, pero ello no significa que no haya metas personales, profesionales o afectivas. Fijarse objetivos, luchar por algo, buscar sin desesperar, caer y levantarse, no se hace sólo con referencia a una opción única y fundamental. Hoy en día, el éxito y el fracaso son definidos con tonos más personales, con criterios más puntuales y abiertos al cambio. Pero aún tienen cabida en el panorama cotidiano de muchas vidas.

Posiblemente, los cuatro paisajes apuntados en esta última sección se superponen y se solapan en las vidas cotidianas. No caigamos ahora en una visión maniquea que alaba los espacios de sentido y descalifica los sucedáneos como algo perjudicial. En realidad es inevitable una cierta mezcolanza de sentidos y pertenencias, afectos y deseos. El reto es que los sucedáneos no se coman al original. Que lo inmediato no elimine el horizonte de sentido, por más que éste sea frágil. Que el individuo sí elija, y en esa elección sea capaz de asumir el riesgo y el compromiso, la lucha y la incertidumbre.

En conclusión

¿Qué se puede señalar, a la luz de todo lo dicho hasta aquí? No hay duda de que los éxitos y los fracasos entretejen la existencia humana. Y son hitos en un camino que pueden contribuir a que las vidas se vivan en plenitud: los éxitos, en cuanto que motivan, inspiran, alientan y reafirman el sentido que uno atribuye a su existencia, sus opciones y sus actos; los fracasos, cuando se convierten en ocasión para rectificar, reflexionar o bucear más profundamente en la búsqueda de ese mismo sentido. ¿Existe el riesgo de que éxito y fracaso pierdan esa calidad de crisol en el que se forjan las vidas de las personas? Sí, si lo instantáneo mata el sentido; si los sucedáneos –colectivos, ajenos o consumibles– eliminan lo personal. Pero no puede haber diagnósticos generales. Tal vez perfiles, tal vez deste-

llos, tal vez pinceladas que apuntan a los marcos sociales en que se desarrolla nuestra existencia. Ya más allá de los marcos, el ser capaces de decidir, buscar, luchar, creer, esperar, avanzar y, al final, vivir, es la tarea y el reto de cada uno.

Aquella mujer de la foto de Salgado y el padre de mi compañero vivieron sus vidas, posiblemente con triunfos y frustraciones en ambos casos. Tal vez en un primer momento, y con la tentación de interpretarlo todo sin matices, puedo querer ver en una y otra muerte indicadores de dos existencias marcadas respectivamente por el fracaso y el éxito. Pero tal vez, sólo tal vez (ojalá), ambas vidas tuvieron momentos de lucha y de coraje, de sueños y de esperanza, de victoria y de derrota. Porque ése es el material con el que se construyen las historias y las vidas.

ST EDITORIAL
SALTERRAE
Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

El especialista mundial más destacado sobre el Jesús histórico explora los años perdidos del cristianismo más primitivo: los que siguieron inmediatamente a la ejecución de Jesús. Por medio de una combinación interdisciplinar de enfoques antropológicos, históricos y arqueológicos, el autor establece el medio contextual e identifica las fuentes textuales por medio de un análisis literario de los más antiguos estratos discernibles en los evangelios conservados, tanto dentro como fuera del Nuevo Testamento.

JOHN DOMINIC CROSSAN combina la investigación innovadora con su perspicaz intuición para iluminar los misterios de los orígenes del cristianismo. Separando la historia de la teología y la redacción, presenta un vivo relato de la interacción del cristianismo primitivo con el mundo que lo rodeó, y de las nuevas tradiciones y comunidades establecidas cuando los compañeros de Jesús continuaron su movimiento después de su crucifixión.

Encuadernado en tapa dura
696 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 54,00 €**

ST 90 (2002) 645-655

Dos palabras, dos personajes.

Éxito y fracaso en la vida de Raquel y de Abraham

Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO, SJ*

«Saber que no viviste en vano y que, gracias a ti, una persona pudo respirar con más tranquilidad». No recuerdo con exactitud ni dónde ni cuándo leí esta frase de un poema anónimo sobre el éxito. Sí recuerdo, en cambio, que anoté y conservé dicho poema en *el baúl de mis recuerdos.* Lo hice, fundamentalmente, porque repetía de distintas maneras que uno/a tiene éxito y triunfa en la vida cuando es capaz de construir vida a su alrededor, cuando logra –cito de nuevo una referencia literal del poema– *hacer un poco mejor el mundo.*

Una segunda referencia en estas líneas introductorias. En la vida diaria oímos, vemos y pronunciamos múltiples mensajes que consideran ilusorio e incompatible establecer una relación entre éxito y solidaridad. A pesar de que la *evidencia cotidiana* parece negar dicha vinculación, *se puede triunfar y a la vez ser solidario, como lo han demostrado muchos líderes sociales*[1].

Tercera referencia. Este número de *Sal Terrae* pretende presentar algunas orientaciones y reflexiones, no sólo en torno al éxito, sino en torno al éxito y al fracaso.

Sirvan estas tres referencias citadas para enmarcar las líneas que siguen a continuación, que tienen como eje fundamental a dos personajes bíblicos, Abraham y Raquel, Raquel y Abraham. Ambos pueden ser todavía hoy un modelo en el que poner nuestra atención. En primer lugar, porque los dos han inspirado a muchas generaciones a recordar y recitar el poema que se menciona al comienzo

---

* Director de *Sal Terrae.* Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas. Madrid.

1. Cf. A. RAMÍREZ, *Éxito y fracaso. Cómo vivirlos con acierto* (Serendipity, 52), Desclée de Brouwer, Bilbao 2000, 58.

de este artículo. En segundo lugar –y este aspecto aparece resaltado con mayor claridad en el caso de Raquel–, porque su triunfo y su éxito se han logrado, no tanto en sintonía con el disfrute y el placer, sino por haber estado *orientados a la ayuda a los demás y al olvido de sí mismos*[2]. Por último, porque ambos supieron entretejer con gran maestría el difícil y, por desgracia, tantas veces irreconciliable binomio *vida–muerte.* No sólo es válida y actual la afirmación de que, *si somos rotundos, nuestra convicción más profunda nos hace pensar que «el éxito es vivir, y morir el fracaso»*[3]. Ésta ha sido también la convicción de muchos hombres y mujeres que nos han precedido en la historia. Abraham y Raquel expresan, sin embargo, con claridad que la muerte no tiene por qué ser considerada siempre como un fracaso rotundo. El padre de Isaac y la madre de Benjamín nos recuerdan –y éste será el aspecto que se desarrollará con amplitud a partir del próximo apartado– que la vida que se entrega no se pierde. La muerte –la muerte *real* o la *muerte a sí mismo*– puede ser medio generador de vida, pues, recordando un poema del poeta alicantino Miguel Hernández, *una vida consumada hace fecunda la muerte.*

«Pero su padre le llamó Benjamín»

Es probable que algún director cinematográfico que quisiera hacer una película sobre Gn 35,16-20 eligiera como título de su película la frase con que se inicia este apartado. Un buen conocedor de la Escritura lo aceptaría con agrado, ya que el protagonista principal de la misma es Benjamín, *el hijo de la felicidad, el hijo de la fortuna.*

Además de éste, tres actores más intervendrían en la película que estamos imaginando: Raquel, Jacob y una partera. El desarrollo de la misma no se alejaría mucho de lo que se narra a continuación.

En el camino de Efrata se ve a una mujer llamada Raquel, que gime y suspira ante la inminente llegada de un parto. Sus gemidos y suspiros son gritos, lamentos, chillidos y alaridos, porque las dificultades del parto que se está produciendo superan sobremanera las que se dan normalmente en todo alumbramiento. En medio de tan sonora queja, se oye otra voz distinta, la de una partera o comadro-

2. *Ibid.,* 59.
3. *Ibid.,* 65.

na que, dirigiendo su mirada a la dolorida Raquel, exclama: «No temas, que también esta vez vas a tener un hijo».

De repente, y sin que se le avise al espectador, suena una música que recuerda mucho a alguna de las conocidas marchas fúnebres. En la pantalla no aparece otra imagen más que la de Raquel, que respira con enorme dificultad, y a quien apenas le quedan fuerzas para gritar. Sí, no es imaginación del espectador: Raquel está exhalando, Raquel se está muriendo. Ha dado a luz a su hijo Benjamín y, en el momento del alumbramiento, su existencia se apaga. Lo que sigue en la película no es difícil de imaginar: Raquel es sepultada en el camino de Efrata. La película se ralentiza al máximo; en la pantalla sólo aparece la sepultura de Raquel. Después de pocos minutos, la imagen sigue siendo la misma; sólo una cosa se ha añadido: sobre la tumba de Raquel aparece una frase que dice únicamente: *«pero su padre le llamó Benjamín»*.

No es una película ficticia la que se acaba de presentar. Sí, en cambio, la película de la muerte de Raquel y del nacimiento de Benjamín, cuyo guión reproduce con bastante fidelidad la narración bíblica de Gn 35,16-20. La presentación realizada –no se olvide el/la lector/a de este detalle– se enmarca en el contexto de la comprensión del significado de los términos «éxito» y «fracaso» y, más en concreto, de alguna de las pistas que ofrece el Antiguo Testamento, sus palabras y sus categorías, para comprender con más exactitud los elementos que configuran ese binomio mencionado.

¿Cómo puede ser eso, se preguntará probablemente el/la lector/a, si ni siquiera se menciona en ningún momento de la película ninguno de los dos términos citados? En seguida lo comprenderá.

Raquel vio que no había dado hijos a Jacob (Gn 30,30)

No se trata en esta ocasión de otro título de una película. Se trata, simplemente, de una frase que ayuda a comprender los elementos de la historia de Raquel, imprescindibles para entender la película de su muerte y la del nacimiento de su hijo Benjamín.

Un elemento que caracteriza las narraciones patriarcales del libro del Génesis es el de la promesa divina. El Dios de los patriarcas promete a éstos una abundante y copiosa descendencia y la posesión del país. El conocido comienzo de los relatos patriarcales –*«Yo haré de ti una gran nación, te bendeciré y engrandeceré tu*

nombre» (Gn 12,2)– presenta en un lugar central el verbo «bendecir». La raíz hebrea de este verbo significa poder de fertilidad o de crecimiento. Su efecto, en el contexto de la referencia citada, es que la descendencia de Abraham será numerosa (un gran pueblo)[4].

La promesa de una innumerable descendencia aparece acompañada en numerosas ocasiones de la promesa de la posesión del país de Canaán. Dios promete, pues, a los patriarcas de Israel una posteridad y un país.

Teniendo en cuenta lo que se acaba de señalar, es interesante recordar el comienzo de Génesis 30, que presenta fundamentalmente el tema de la rivalidad entre dos hermanas, Lía y Raquel, motivada por la falta de hijos de esta última.

Frecuente es en las narraciones patriarcales el motivo de la carencia de hijos. Sara (Gn 11,30), Rebeca (Gn 25,21) y Raquel (Gn 29,31) son esposas de los patriarcas y estériles. Un enorme sufrimiento es lo que le produce a Raquel su condición de estéril[5]; ni siquiera el esposo a quien ella ama puede ayudarla en esta situación. Un enorme sufrimiento, porque no tiene futuro, porque su vida no puede contribuir a que las promesas anunciadas por Dios a los patriarcas lleguen a su realización. Sin embargo, y gracias a la acción de Dios, Raquel, después de tanto sufrimiento y tras dar a luz a José, puede exclamar en Gn 30,23: *«Dios ha quitado mi oprobio»*.

Raquel y Benjamín: la vida y la muerte

Se acaba de señalar la importancia del tema de la promesa de Dios a los patriarcas de una abundante y copiosa descendencia. Se ha señalado igualmente el sufrimiento que le produce a Raquel el no poder contribuir a hacer posible dicha promesa. Ahora se va a hacer referencia a otra situación de sufrimiento de Raquel: la del nacimiento de su hijo Benjamín.

El nacimiento de José supone para Raquel no sólo la liberación de su angustia y oprobio, debido a su esterilidad, sino también el anuncio esperanzado del nacimiento de otro hijo, tal como anuncia Gn 30,22-24. Ese otro hijo es Benjamín.

4. Cf. C. WESTERMANN, *Genesis 12-36. A Commentary,* Minneapolis 1985, 149.
5. Este motivo aparece igualmente en otros textos bíblicos (1 Sm 1; Sal 113).

Gn 35,16-20 anuncia el cumplimiento de dicho anuncio esperanzado. Benjamín llega al mundo. El nacimiento de Benjamín tiene una importancia particular por estos dos motivos:

- confirma la intervención de Dios en favor de Raquel, a quien escucha, hace fecunda y libera de su angustia;
- confirma que la promesa anunciada a los patriarcas se está cumpliendo.

Todo parece entonces responder de manera exitosa al programa anunciado por Dios al comienzo de los relatos patriarcales (Gn 12,1-3); todo parece insertarse adecuadamente dentro del marco de referencia del éxito (fecundidad, vida, descendencia copiosa, cumplimiento de lo anunciado). Todo, menos el fracaso aparentemente más estrepitoso: la muerte de Raquel. Vida y muerte, éxito y fracaso: he ahí los hilos que aparecen estrechamente entrelazados en el pasaje que ocupa nuestra atención y que puede ayudarnos a comprender el sentido del binomio que estructura este número de la revista *Sal Terrae.*

Muchos hombres y mujeres de nuestras sociedades conocen por propia experiencia la alegría que comporta la llegada al mundo de un pequeño, alegría que acompaña también muchos momentos de la existencia del hijo y de los padres: infancia, adolescencia, madurez, etc. Son igualmente muchos los hombres y las mujeres que conocen de primera mano los sufrimientos que se padecen con la llegada de un nuevo miembro a la familia. En particular, es a la madre a la que de un modo más concreto le toca atravesar numerosos y diversos padecimientos.

El momento del parto supone un punto de referencia importante. Además del sufrimiento previo (miedo al parto y a sus posibles complicaciones), la madre sufre fuertes dolores físicos. Pasado este evento tan nuclear y fundamental, las preocupaciones y los sufrimientos no se agotan. El niño nace, crece y vive en relación con la madre; pero lo hace, eso sí, con total independencia y autonomía. También en otros muchos momentos de su existencia debe, pues, la madre renunciar a poseer a su hijo, renunciar al hijo que ha llevado en sus entrañas, *morir* al hijo al que ha dado vida.

En el caso de Raquel, este sufrimiento adquiere su punto culminante en el momento del nacimiento del hijo de sus entrañas, Benjamín. Así lo recuerda Gn 35,18:

«Ahora bien, al exhalar Raquel su alma, pues se moría, le puso por nombre Ben-'oní; pero su padre le llamó Benjamín».

La profesora de Sagrada Escritura Bruna Costacurta afirma que la clave para comprender el conjunto de la narración de Gn 35,16-20 es precisamente el doble nombre que recibe el hijo de Jacob y de Raquel[6]. Es dicha comprensión la que posibilita captar la relación entre el tema de la vida y la muerte; es ella la que hace posible ahondar en el sentido que tienen el éxito y el fracaso según esta narración bíblica.

He aquí los términos que están detrás del juego de palabras *Ben-'oní – Benjamín:* dolor o desgracia, fuerza o fortuna, riqueza o vigor. Es sabido que la traducción más adecuada de la palabra hebrea *ben* es «hijo». Benjamín significa, pues, hijo de la fuerza o de la fortuna, es decir, hijo con poder y fuerza para ayudar y sostener a otros. Por su parte, *Ben-'oní* significa, según algunos autores, hijo del dolor o de la desgracia. Si se consideran válidas estas últimas afirmaciones, parece adecuado interpretar Gn 35,18 de la siguiente manera:

En el momento de morir, Raquel concede a su hijo el nombre de hijo del dolor o del sufrimiento. Lo característico del descendiente de Raquel, su esencia –no olvidemos que en el antiguo Oriente el nombre define la esencia de una cosa–, es ser hijo de la desgracia, porque su nacimiento ha provocado la muerte de su madre. Infeliz o infausto es, pues, su destino. Por eso, y para que su sino no sea siempre el de la fatalidad, Jacob corrige el nombre dado por Raquel y confiere a su hijo el nombre de Benjamín (hijo de la fuerza o de la fortuna).

Ahora bien, en buen hebreo. *Ben-'oní* no significa sólo hijo del sufrimiento, sino que puede significar también hijo del vigor o de la riqueza (Gn 49,3; Dt 21,17; Sal 78,51; 105,36). De ahí que valga la pena recordar y reconocer que la doble posibilidad de comprensión del nombre que recibe de su madre el hijo de Raquel confiere al texto una riqueza particular.

Así, al imponer Raquel a su hijo el nombre de *Ben-'oní,* la matriarca hace referencia tanto al sufrimiento y la desgracia (muer-

6. Véase de manera especial su excelente obra *La vita minacciata. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica* (AnBib, 119), Roma 1988, cuyas páginas 279-284 inspiran nuestras reflexiones.

te) como a la abundancia y el vigor (vida). De modo que, al mismo tiempo que expresa la dureza de la muerte por la que atraviesa, Raquel libera a su hijo de cualquier responsabilidad que lo marque definitivamente con el signo de la desventura. El destino del hijo de Jacob y de Raquel es un destino de ventura, de riqueza, de abundancia y de vida. Así lo expresan tanto el nombre que le impone su madre (*Ben-'oní*) como el que le impone su padre (Benjamín).

Las dos posibilidades que ofrece el nombre que Benjamín recibe de su madre subrayan entonces –cito palabras de Bruna Costacurta– que *«la pérdida radical de todo por parte de Raquel no es algo que ella solamente sufre y padece; es algo que ella acoge y ofrece, de manera que ella misma, entrando en la experiencia de la muerte, hace de ésta un lugar de vida para su hijo»*[7].

¿Qué es, pues, el éxito y el fracaso, si uno se fija en el *modelo Raquel*?

A primera vista, su fracaso mayor parece estar marcado por el mismo hecho de morir. En segundo lugar, su escasa fecundidad (sólo es madre de dos hijos, cuando el tener muchos hijos puede considerarse en la Escritura como un honor: Gn 15,5; 24,60; Rut 4,11-12) es también expresión de su falta de éxito. En tercer lugar, su muerte le impide ser reconocida, felicitada y alabada por su hijo, tal y como se recuerda en la tradición sapiencial, concretamente en el «Elogio de la mujer» de Pro 31,10-31.

Sin embargo, el fracaso de Raquel adquiere su pleno sentido si se tienen en cuenta las dos consideraciones siguientes, que hacen posible comprender cómo se puede entender el éxito que desprende la vida entregada de Raquel.

La primera es que la mujer de Jacob renuncia enteramente a sí misma. Acepta morir para que su hijo pueda vivir; y lo acepta en un grado tal que es capaz de liberar al *hijo de su muerte* de la pesada carga de ser siempre recordado como el causante de dicha muerte. Más que morir, Raquel da y entrega la vida. De ese modo posibilita que la promesa o bendición divina prometida a Abraham, antepasado de su marido, pueda seguir teniendo vigencia. Renunciando a su propia vida y poniendo ésta al servicio de la promesa anunciada a Abraham, Raquel manifiesta que el mayor de los éxitos consiste precisamente en morir para dar vida, en morir para que la vida continúe.

7. Cf. *ibid.,* 283.

La segunda aparece en labios de la comadrona que atiende a Raquel. *«No temas,* le dice, *que también esta vez vas a tener un hijo».* Raquel no sólo muere a sí misma entregando su vida y siendo de ese modo generadora de vida. Raquel supera también el miedo a la muerte, esa emoción tan intensa que anida en el corazón de todo ser humano y que es capaz en infinidad de ocasiones de apresarlo y atenazarlo de tal manera que la hace vivir frecuentemente en estado de agitación, nerviosismo, angustia y desesperanza. Pues bien, la palabra pronunciada por la partera es una afirmación esperanzada de que Raquel, muriendo a sí misma, ha sido capaz de superar el terrorífico temor a la muerte. He aquí, pues, otro elemento del éxito de Raquel: la victoria sobre el miedo humano a la muerte.

Se puede concluir entonces que lo importante y característico de la actuación de la matriarca es que renuncia a lo personal y a lo particular en beneficio de un proyecto común; que renuncia a lo que afecta a un ámbito menor y más reducido (el de su propio yo) en favor de otro más amplio, que incluye a numerosas personas. El éxito de Raquel consiste, pues, en dar primacía al bien común sobre el bien personal y, más concretamente, en renunciar al bien propio en favor del bien común.

«Heme aquí», contestó Abraham

No se va a contar aquí de nuevo una película. No parece necesario recordar al/a la lector/a de este artículo el relato bíblico del sacrificio de Abraham, de sobra conocido por todos los que se detengan a leer este artículo.

Sí, en cambio, creo oportuno recordar algunos aspectos narrativos del episodio del sacrificio de Abraham, pues permiten comprender más adecuadamente su significado[8].

Si una persona se encontrase en una sala cinematográfica viendo una película basada en el relato de Gn 22,1-19, quedaría probablemente muy impactada por las imágenes que reprodujesen los tres versículos que narran el momento en que Isaac llega al lugar indicado por Elohim para sacrificar a su hijo (Gn 22,9-11). Estoy seguro de que una música tremendamente penetrante acompañaría esta

8. Un tratamiento amplio y detallado de dichos aspectos puede verse en J.L. Ska, «Gn 22,1-19. Essai sur les niveaux de lecture» : *Bib* 69 (1988) 324-339.

imagen tan expresiva: Abraham, caracterizado por un semblante serio, a la vez que tenso, aparece sumido en una profunda angustia y congoja, pues delante de sí tiene a su hijo Isaac atado, a quien va a sacrificar con el cuchillo que empuñan sus manos. Estoy seguro también de que dicha imagen ocuparía toda la pantalla de la sala durante un largo e interminable tiempo. El director de la película mostraría con ello la importancia que tiene en la narración el hecho tan *deshumanizador* que Dios pide a Abraham que realice: sacrificar a *su hijo, su unigénito, a quien tanto ama* (Gn 22,2).

«Ahora he comprobado que temes a Elohim»

Se ha hecho ya referencia a la importancia que tiene el tema de la promesa de Dios a los patriarcas (descendencia copiosa, posesión de una tierra) en los relatos patriarcales. Se asume lo dicho anteriormente, para presentar en este apartado el sentido del éxito y del fracaso que transparenta la actuación de Abraham en Gn 22,1-19.

La información con que comienza este capítulo –*tras estos sucesos acaeció que Ha Elohim probó a Abraham*– es una clave de lectura que el narrador del capítulo ofrece al lector del mismo. No es una información que recibe Abraham, quien ignora que lo que Dios le pide pueda estar enmarcado por dicha referencia[9].

Así pues, la petición que el patriarca recibe de Yahveh (sacrifícame a tu hijo, a tu unigénito) resuena con una fuerza especial y particular en los oídos de Abraham. Es probable que éste, al escuchar el mandato recibido y al disponerse de inmediato a cumplirlo, se acordara inmediatamente de lo siguiente:

- en primer lugar, de la imposibilidad e inviabilidad de la realización de la promesa de Dios. Abraham es consciente de que cumplir lo que Dios le manda supone al mismo tiempo impedir que el anuncio de Dios se haga realidad, ya que al sacrificar a su hijo interrumpe la sucesión que dará lugar a la copiosa descendencia;
- en segundo lugar, de la historia precedente vivida por el patriarca, historia marcada por diversos avatares. En Gn 12-21 pueden leerse diversas referencias al binomio *promesa – amenaza a dicha promesa.* Así, en esos capítulos se pone

9. Cf. A. Wénin, «Abraham à la rencontre de YHWH. Une lecture de Gn 22» : *RTL* 20 (1989) 162-177, esp.168.

repetidamente en boca de Dios la confirmación o renovación de la promesa anunciada. Al mismo tiempo, se presentan diversas referencias amenazadoras de dicha promesa, en las cuales, sin embargo, no aparece nunca un problema tan destructivamente amenazador (que Dios pide a su siervo que se elimine la promesa prometida). Esta historia recorrida por Abraham, marcada por alegrías y por tristezas y dificultades, tiene su clímax en el nacimiento de Isaac, que anuncia una vez más el cumplimiento de la promesa de Dios.

La respuesta de Abraham a la orden de Yahveh expresa entonces el fracaso del patriarca, caracterizado por los dos elementos anteriormente descritos. El patriarca fracasa doblemente: pone punto final a lo anunciado por Yahveh; corta el desarrollo de la historia anterior justo en el momento en que parece que ésta ha llegado a su culmen.

La matriarca Raquel –así ha quedado especificado en los apartados anteriores– triunfa y tiene éxito, porque orienta y entrega su vida a un bien y una causa mayor, es decir, porque se olvida de sí misma. Del mismo modo, el patriarca Abraham puede ser modelo de referencia, porque su éxito está determinado y marcado por el olvido del patriarca de sí mismo.

¿De qué se olvida el padre de Isaac o, dicho de otro modo, a qué renuncia Abraham?

Primero: Isaac es para Abraham *«algo más que un hijo o un don natural... Es el máximo don/bendición de Dios»*[10]. Abraham renuncia entonces al milagro de la realización de la promesa, al don mismo y supremo de Dios, al sentido de su propia vida[11].

Segundo: hasta el episodio de Gn 22 Abraham había percibido a Dios activo y presente en diversas y distintas situaciones: confirmando la promesa anunciada; afrontando las dificultades que surgen y que ponen en peligro dicha promesa. En la narración del sacrificio de Isaac, Abraham renuncia al conocimiento adquirido de Dios y se abre al conocimiento de un Dios tremendamente *«extraño, incomprensible e imprevisible,* que aparece como *potencia con-*

10. Cf. F. García López, «Gen 22, entre la interpretación histórico-crítica y la literario-teológica», en (F. García López – A. Galindo García [eds.]) *Biblia, literatura e iglesia* (Biblioteca Salmanticensis: Estudios, 169), Salamanca 1995, 47-62, esp.58.
11. Cf. A. Wénin, «Abraham à la rencontre de YHWH...», 169.

tradictoria y aparentemente arbitraria que ofrece una mano y exige la otra»[12].

Pues bien, es precisamente esta renuncia de Abraham a unos principios básicos y fundamentales, es precisamente el hecho de no renunciar a entrar en una experiencia de clamoroso fracaso, lo que hace posible que el patriarca aparezca en Gn 22 como el modelo en el que tiene que fijarse Israel para reconocer lo que tiene que caracterizar su relación con Dios. Gn 22,1-19 manifiesta prudente y silenciosamente –no olvidemos que el silencio y la prudencia caracterizan la disponibilidad de Abraham a cumplir el mandato de Dios– que la generosidad del patriarca está atravesada por el mayor de los éxitos. ¿En qué consiste dicho éxito? ¿Cuáles son sus características? A responder a estas preguntas se dedican las últimas líneas de este artículo.

Abraham es, ante todo, el hombre de la fe y la confianza ciega en un Dios *extraño, incomprensible e imprevisible.* Lo importante de dicha fe y de dicha confianza es que no hacen del patriarca una persona voluntarista, tensa, triste, rota y amargada. El texto al que nos referimos trasluce una importante referencia: la confianza ciega en Dios va acompañada de una ternura extrema por Isaac. Con su hijo, el patriarca no se muestra ni indiferente ni antipático; al contrario, se muestra cercano y delicado hasta más no poder (lo llama siempre *mi hijo;* cuando está a punto de quedarse sin él, impide que Isaac pueda sufrir alguna herida transportando el cuchillo o la leña). Confiar en Dios y cuidar al máximo y con esmero lo que es de Dios: he ahí dos elementos inseparables de la confianza de Abraham en Dios.

En segundo lugar, el patriarca es un hombre desprendido y gratuito. Como afirma el Ángel de Dios en Gn 22,12, la fe de Abraham es la que le posibilita reconocer que Isaac no es posesión suya, sino que es un don de Dios recibido. Por eso puede tener la suficiente fortaleza y tranquilidad para devolver a Yahveh lo que de él ha recibido.

Queda sólo añadir que este éxito de Abraham queda afirmado y confirmado por la propia narración del Génesis. El Ángel de Yahveh devuelve a Abraham lo que éste ha entregado a Yahveh (el hijo de la promesa) y renueva y confirma la promesa anunciada: *«te colmaré de bendiciones y multiplicaré abundantemente tu descendencia»* (Gn 22,17).

12. Cf. *ibid.,* 175.

ST EDITORIAL
SALTERRAE
Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

La Madre Teresa consideró a todos los seres humanos hermanos suyos, pero siempre supo que «los más pobres entre los pobres» eran los hijos predilectos de Dios. Un Dios que para ella asumía el rostro de Aquel a quien consagró su vida: Jesús de Nazaret. Y a «los más pobres entre los pobres» dedicó su existencia. Con su actitud desafió al mundo a pensar de manera diferente, a cambiar su modo de vida.

Sus escritos nada tienen que ver con la brillantez literaria ni con la fascinación narrativa, sino con la autenticidad de una vida entregada, con su credibilidad y confianza. Nada en ella obedeció a proyecto alguno previo, ni ella hizo otra cosa que seguir con fidelidad los pasos que Alguien le fue marcando. Lo que debía hacer fue descubriéndolo en una disponibilidad íntima de oración y en un constante discernimiento de los signos de los tiempos.

192 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €**

ST 90 (2002) 657-671

Convivir, afrontar y acompañar los fracasos

Iosu Cabodevilla Eraso*

A finales de febrero recibí el ofrecimiento de realizar este artículo. Tardé varios días en dar mi respuesta afirmativa a este nuevo reto «éxito y fracaso». Desde ese momento me puse a leer, reflexionar y comentar con amigos esta nueva empresa en la que me había metido. Aproximadamente un mes después de mi compromiso, coincidiendo con la Semana Santa, me sentí invadido por fuertes temores e inseguridades, que se fueron acrecentando hasta tener casi decidido el renunciar a algo que había aceptado (aun a sabiendas del trastorno que podía ocasionar a la dirección de la revista, que tan gentilmente había pensado en mí). Sin embargo, en ese preciso instante en que me disponía a notificar mi renuncia, se me hizo claro y evidente la espesura del fracaso que eso suponía, y su idoneidad con lo que tenía que expresar. Así es que, como un acicate, resolví escribir sobre este tema tan humano.

1. Éxitos y fracasos, ingredientes de la vida

No vivimos en el vacío, sino en un mundo más bien complejo, desafiante, difícil, que a veces resulta bello y estimulante, pero que también puede parecer dolorosamente confuso, angustioso e injusto.

En el centro del corazón humano hay un deseo profundo de éxito, de que nuestros deseos y expectativas se vean completados, es decir, de mejorar nuestro modo de vivir con uno mismo, con los demás (colectividad), con el medio y con cada «tú» con el que nos encontramos en la vida. Ciertamente, no podemos obviar que la existencia humana tiene un componente de inseguridad sobre el

* Psicólogo Clínico. Pamplona.

futuro, que puede afectar decisivamente a los proyectos de vida más esmeradamente preparados y al que no escapa la convivencia emocional e íntima con nuestros semejantes.

Los éxitos y los fracasos se suceden en muchas ocasiones a lo largo del ciclo de nuestra vida; otras veces se combinan y aparecen juntos. En cualquier caso, ambas experiencias entretejen nuestra existencia.

Al margen de las reflexiones que podamos hacer, debemos señalar que el fracaso existe igual que el éxito. Ambos se manifiestan en la vida, de forma a veces sorpresiva, pero siempre notoria. A veces fría y espesa, a ratos punzante y dolorosa; en cualquier caso, real y profunda.

El fracaso tiene la peculiaridad de que se puede observar desde fuera, o bien se puede sentir desde dentro de uno mismo. En general, podemos entender como fracaso el no haber conseguido una meta determinada, aunque las más de las veces esto es trivial y evidente.

Triunfar o «no haber fracasado» depende, en demasiadas ocasiones, de la común estima de una opinión pública que así lo percibe y que en gran medida está manipulada por el gran poder de la información, que trata de construir la realidad del propio pensamiento individual en base a sus propios intereses. Manipulación, medias verdades, mentiras, creación artificial de deseos: todo ello en función de lo que hoy se conoce como «pensamiento único».

Como señala Amado Ramírez[1], la noción de éxito es mucho más compleja cuando variamos la óptica desde lo individual a lo social. La cultura marca pautas de éxito, concretas y prefijadas por consenso de los diferentes grupos y etnias, como saber más en un ambiente científico, tener más en uno económico, ejercer más poder en ambientes políticos, ser capaz de crear más en quienes manifiestan inquietudes artísticas, o emprender arriesgadas aventuras para quienes detestan el aburrimiento y la rutina. Así pues, las creencias y los valores de las personas van a determinar la trayectoria de nuestras actuaciones y convicciones en cualquier ámbito y en lo que consideramos éxito o fracaso, así como en las estrategias de acción para lograr el primero y evitar el segundo.

1. Amado Ramírez, *Éxito y fracaso. Cómo vivirlos con acierto,* Desclée De Brouwer, Bilbao 2000.

Las dificultades y, muchas veces, los fracasos surgen de ignorar cuáles son nuestros deseos auténticos y nuestras posibilidades. No es la vida la que da tan malos resultados; es el equivocado modo de vivirla y de enfocarla. Quien no acaba de saber claramente lo que quiere en y para su vida, no es posible que elija con acierto.

Otra característica de los éxitos y de los fracasos es el hecho, como señala Luis Cencillo[2], de que toda satisfacción de un gran deseo decepciona; se había esperado algo más, se había esperado muchas veces una sensación excepcional, y se encuentra el sujeto con la vulgaridad de siempre entre sus manos deseosas y ya desencantadas.

Recuerdo que uno de los periodos más aciagos de mi vida fue mientras realizaba el servicio militar obligatorio, que se alargó durante catorce meses. La sensación de pérdida de tiempo, de que aquél no era mi lugar, y la enorme ilusión de que terminara finalmente y poder regresar a mi pequeño país de brumas y bosques y enfrascarme en una nueva etapa de mi vida profesional, recién terminados mis estudios, hizo que durante esos largos e interminables catorce meses anhelara intensamente su final. En ese deseo tan largamente esperado, había imaginado una y mil veces la enorme alegría que me iba a suponer el salir de ese cuartel por última vez, para no regresar. Recuerdo que nada de esa alegría desbordante que yo había previsto me estaba sucediendo mientras atravesaba el largo patio para dirigirme a la puerta de salida; me sentía sorprendido y confundido de no sentir lo que yo había previsto. Volvía la cabeza una y otra vez, y me decía: «¡Por fin!, ya no vas a volver aquí». Salí por la puerta, miré las rejas, los muros de ladrillo rojo... y seguía sin sentir esa alegría. Fue semanas después cuando realmente pude sentir cierta satisfacción y se me hizo claro que no me gustaría ver nunca a un soldado ejerciendo su oficio.

Vivimos una época difícil para la historia de la humanidad, pero también de las más apasionantes. En pocos años se han abandonado viejos estilos de vida, y todo cambia a una velocidad vertiginosa. No es fácil estar en contacto con ese fluir constante y cambiante de la vida. Y en muchas ocasiones, ante las dificultades, caemos en la expectativa mágica de que todo se arreglará, o de que alguien (de fuera) vendrá a solucionar mis asuntos. Ello, junto a los valores

2. Luis CENCILLO, «Aprender a fracasar», en (Carlos Alemany [ed.]) *14 aprendizajes vitales,* Desclée De Brouwer, Bilbao 1998, 43-62.

(metas) actuales, como el lucro rápido y sin esfuerzo, el placer constante y el brillo social (que nos admiren), nos predispone a una actitud triunfalista y agradable que dificulta la realización.

Por todo ello añade Luis Cencillo[3] que el hombre actual es esencial y constitutivamente frustrable y él mismo ha puesto (o le han puesto) todas las condiciones del fracaso; es más, se va eliminando la tolerancia a la frustración, haciendo creer que la realización personal o maduración consiste en gozar siempre, gratificarse siempre y nunca fracasar.

Con ninguna de estas metas que hemos enunciado tiene que ver el éxito, sino que éste es más bien una consecuencia de nuestra manera de actuar, producto fundamentalmente del esfuerzo, del trabajo callado y constante.

El esfuerzo es acaso uno de los aspectos más inevitables de esta vida. Así pues, la sentencia «ganarás el pan con el sudor de tu frente» adquiere toda su vigencia cuando hablamos del éxito.

En muchas ocasiones, sólo vemos los brillos del éxito e ignoramos sus costes. Casi nunca pensamos en los esfuerzos de una modelo para mantener su cuerpo perfecto, o en las horas de renuncia a la vida cotidiana de un investigador, o en el esfuerzo personal de quien se construye su propia casa. Nos fijamos únicamente en aquello en lo que destacan y olvidamos totalmente el esfuerzo personal que han realizado.

Una cierta cantidad de éxito es imprescindible para vivir. El problema estriba en descubrir y concretar el esfuerzo que estoy dispuesto a invertir en una tarea determinada que se acerque a los intereses existenciales sobre lo que quiero que sea mi vida. Desgraciadamente, no escasean las personas que se muestran excesivamente arriesgadas o, mejor, temerarias, que consumen toda su energía en empresas poco menos que imposibles y que acaban arruinando su ilusión. Recientemente conocí a una mujer joven de treinta y pocos años que estaba invirtiendo toda su energía en ser correspondida amorosamente por un hombre que, evidentemente, no estaba en la misma predisposición que ella. Este hecho la iba mermando en su energía, dejándola en un estado de vitalidad mediocre, sin ilusión hacia lo que la vida le ofrecía.

3. *Ibidem.*

Amado Ramírez[4], en su análisis sobre las personas que tienen éxito reconocido, observa una constante: tales personas hacen algo que les interesa mucho y con lo que disfrutan. Son personas que se inician en una tarea, científica, artística, laboral, humanística, literaria, organizativa, etc. y disfrutan esforzándose con sus cinco sentidos en ella. El éxito les viene posteriormente.

Para serlo, el verdadero triunfo tiene que estar impregnado, sobre todo, de naturalidad, lejos de todo artificio, y aportar la seguridad de quien conoce perfectamente cada aspecto de su tarea. Posteriormente, se nutre además del reconocimiento genuino y auténtico de los demás.

Siguiendo con el análisis del mismo autor, éste hace una diferencia, que considero muy interesante, entre éxito y fama. Los que verdaderamente tienen éxito viven sin la más mínima preocupación por ser famosos. Sólo les obsesiona trabajar con rigor y seriedad, intentando hacer bien sus cosas y evitando al máximo los errores y distracciones. Muchas de estas personas no son famosas, pero, indudablemente, son personas de éxito, aunque sean albañiles.

Otras personas quizá más conocidas, cuya fama traspasa las fronteras, no tienen en realidad éxito alguno. Sólo un reconocimiento desmesurado de sus, con excesiva frecuencia, escasos méritos, al que añaden la finalidad casi obsesiva de cuidar la imagen y unos medios de comunicación, en manos de un poder globalizador, que apuestan por la uniformidad y la alienación de la sociedad.

Si el mérito real surge del esfuerzo, el suyo se dirige al mantenimiento vacuo y sin contenido de esa imagen.

Ser famoso no asegura para nada tener éxito real. Y, desgraciadamente, la historia de la humanidad está llena de personas (seguro que el lector recuerda algunas) que, una vez pasada su época dorada de fama, no encontraron sentido a su vida y le pusieron fin.

Nadie quiere fracasar. El fracaso, muchas veces, está emocionalmente cargado de una negatividad subjetiva.

El miedo al fracaso puede hacernos demasiado inflexibles y rígidos en nuestros planes de acción, y encorsetarnos hasta no dejarnos respirar. Muchas personas no asumen riesgos por miedo a la falta de seguridad en el éxito, sin saber que únicamente el riesgo asumible nos puede acercar a lo que consideramos buenos resultados.

4. Amado RAMÍREZ. *op. cit.*

Todos fracasamos en muchas cosas a lo largo de la vida; pero no por ello nos consideramos marginados, ni perdemos la alegría, o dejamos de acumular éxitos parciales. Todos, a lo largo del ciclo de la vida, hemos tenido momentos de desesperación e indecisión en los que nos hemos sentido bloqueados.

Vivir en el realismo absoluto sin ninguna otra esperanza, sin fantasías –acaso imposibles, pero necesarias para continuar los retos de la vida–, es con frecuencia desolador.

Como ya hemos señalado, en la sociedad actual parece que a muchas personas les interesan más otros aspectos de la realidad que la aspiración al afecto, a amar y ser amado. La vanidad, la fama, el poder, el dinero, son motivaciones de valor dudoso que, no obstante, se aprecian como objetivos vitales a la hora de enfocar la vida. Sin embargo, si no sentimos cierta plenitud como vivencia interna, la vida tendrá poco éxito, a pesar de que nos engañe la vanidad del halago o el reconocimiento de los demás.

El éxito auténtico corre parejo a la felicidad. Y para ello el hombre aspira a encontrar y realizar un sentido, pero también a encontrarse con otro ser humano en la forma de un tú, y amarlo[5]. Ambos hechos, realización y encuentro, dan al hombre un fundamento de felicidad y placer. Por eso es de gran importancia ser muy cuidadosos con los espacios del corazón, con las amistades profundas y sinceras que van hilando exitosamente esa red de relaciones que constituyen la trama del vivir.

2. El fracaso como oportunidad de crecimiento personal

> «Hay cosas que no se comprenden hasta que no se está definitivamente derrotado» (*Ch. Péguy*).

Es por lo general cuando nos encontramos en un estado de profundo dolor y confusión, rodeados de fracasos, sin proyectos vitales, cuando el conocimiento de nosotros mismos parece ofrecernos una salida que nos lleva a profundizar.

El fracaso, que en muchas ocasiones nos provoca miedo, inseguridad, enojo o malestar, incluso la frustración de no haber conse-

5. Viktor FRANKL, *El hombre doliente,* Herder, Barcelona 1987.

guido nuestros propósitos, es un espacio perfectamente adecuado para iniciar el movimiento hacia una mayor maduración. Más aún, muchas veces son estos u otros estados no placenteros los que nos llevan a iniciar un cambio en nuestras vidas hacia una mayor realización personal y, por lo tanto, hacia una mayor satisfacción interior, que se traduce en sentirnos mejor con nosotros mismos y con nuestro entorno.

Los fracasos nos enseñan aspectos nuevos de nosotros mismos y nos ayudan a conocernos más.

Recientemente atendí en mi consulta a un joven de poco más de treinta años, con una buena posición y un puesto de responsabilidad en una importante empresa, el cual, tras un fracaso sentimental con quien anhelaba que fuera su pareja, desarrolló una enorme crisis que incluso puso en juego la continuidad de su vida, pero que finalmente le ha servido para tomar conciencia de sus necesidades afectivas, que le están posibilitando dirigir su vida con mayor acierto.

Estamos inmersos en una dinámica de cambio; la propia vida en sí misma es cambio: lo que no cambia, muere o está muerto. Desgraciadamente, muchas personas se aferran a lo conocido para no cambiar; pero, abocados al cambio por la naturaleza de la vida, sufren hondamente (se diría que están fracasando).

En vez de arriesgarnos a fracasar, aceptamos muy a menudo la mediocridad. Nos hemos vuelto adictos a resoluciones rápidas y superficiales (comida rápida, relaciones rápidas, sexo rápido...). Somos incapaces de sostener mucha tensión en nuestras vidas.

La vida es un proceso de hacerse, de hacernos a nosotros mismos. Es un fluir constante en el que navegamos, con momentos de dicha y de desdicha, con risas y con llantos, con éxitos y con fracasos.

Cada tiempo tiene su propia densidad, y debemos respetar el ritmo, los periodos de cada uno en su propio crecimiento. Vivir con éxito en el presente sin la pesada carga de la culpabilidad, la amargura o la nostalgia de un pasado que ya no volverá, ni la limitante ansiedad por un mañana lleno de miedos y ansiedades, y poder estar presente en cada momento, en cada relación, en cada trabajo o acontecimiento.

Probablemente el mayor fracaso y, si me apuran, el único fracaso auténtico, es no llegar a ser quien realmente se es, no desplegarse, no desarrollar todas nuestras potencialidades; en definitiva, no vivir.

El verdadero fracaso definitivo y último es «tirar la toalla», es no ser capaz ya de luchar ni de superar nada. Considerar todo concluido y agotado antes de que la vida se agote, la dejación, la renuncia de antemano al avance: eso es fracasar de veras.

El fracaso existe, y debemos identificarlo para, por una parte, intentar corregirlo y, por otra, poner límites a las ambiciones y deseos desmesurados de éxito en empresas poco realistas y que podrían estar en el origen del fracaso

En ocasiones, algunas personas viven sucesos aislados y únicos que ellas interpretan como grandes fracasos y destruyen su ilusión y su capacidad de vibrar en la vida.

Tal vez la personalidad propia del sujeto que se siente fracasado es la que le lleva a fracasar en los diferentes ámbitos (pareja, trabajo, relaciones...).

A mayor cantidad de fracasos en diferentes campos, menor sensación de autocontrol y eficacia (y viceversa). Cuanto mayores resultados positivos, tanto más aumenta la seguridad en nosotros mismos.

Sería un fracaso el considerar todo concluido y agotado antes de que la vida se agote; y un error el perder la ilusión tan necesaria para, en la medida de lo posible, continuar luchando por nuestro destino. Soy de los que piensan que incluso en el umbral de la muerte hay tiempo para crecer.

Luis Cencillo[6] hace referencia a una serie de fracasos que considera inevitables y propios de nuestra condición. Son inevitables en su mayoría y, sorprendentemente, no son perniciosos en sus efectos. Se les llama «fracasos», pero no hacen fracasar. Y, sobre todo, son inevitables, un ingrediente del existir humano. En ellos encontramos, por un lado, inevitables crisis de maduración que nos llevan a anhelar querer regresar a estadios anteriores. Y, por otro lado, los fracasos amargos, pero que nos permiten conocernos más, saber cuál es nuestra capacitación en un área determinada, y nos hacen saber y probar nuestras propias fuerzas. En definitiva, estos fracasos nos permiten tomar conciencia de nuestros propios límites, son parte de nuestro aprendizaje existencial y nos ayudan a no sentirnos fracasados y lograr ser capaces de elevar el fracaso a identidad y vivencia de realización.

6. Luis CENCILLO, *op. cit.*

3. Elaborar el fracaso

«No des nunca nada por perdido»
(Sócrates).

Debemos aprender a elaborar la impresión y/ o la realidad del fracaso.

El fracaso es un proceso evolutivo, un historial peculiar y exclusivo de los diferentes quehaceres que realizamos a lo largo de nuestra vida, que convive con nuestras emociones y experiencias desde el nacimiento hasta la muerte y que, precisamente por ello, en gran parte se aprende. Si ello es así, significa justamente que se puede desaprender, para encaminarnos hacia situaciones de más éxito. Estamos tan obsesionados con el logro, los éxitos, la comodidad y otros muchos objetivos actuales discutibles, que no se educa para ese otro esfuerzo, tan inestimable y sano para el desarrollo humano, que supone aprender a resistir los intentos fallidos, las frustraciones, los fracasos que, a pesar de todo, suceden incluso planificando esfuerzos con sutileza y esmero[7].

Recuerdo a una mujer que tuve en la consulta que proyectaba en su hijo pequeño sus deseos de éxito. Sin ningún rubor, afirmaba que éste era superdotado intelectualmente y que sabia distinguir los colores muy pronto, o las letras y números, algo que, obviamente, se enmarcaba dentro de la normalidad. Los disgustos aparecieron algún tiempo después, cuando los maestros le iban señalando algunas dificultades en el aprendizaje, cosas pequeñas y normales, pero que de alguna manera hacían añicos las ilusiones de esta mujer de tener un hijo superdotado para el que ya había proyectado no sé cuantos estudios, carreras, etc.

En definitiva, la evitación de los fracasos o la superación de los mismos cuando se producen depende de la calidad de nuestro modo de vivir y de hacer.

Para evitar fracasos estrepitosos que nos pueden marcar para toda nuestra vida (un amor imposible, una posición, etc.), es preciso poner límites a nuestras ansias de triunfo y valorar muy seriamente nuestro verdadero potencial.

Muchas veces somos tan ingenuos, y la sociedad nos ayuda a ello, que es fácil observar a personas de toda condición autoapli-

7. Amado RAMÍREZ, *op. cit.*

cándose, no esforzada y sí mecánicamente, frases sugestionadoras sobre su valía personal, en las que, por supuesto, ni creen ni tienen fe, en un pseudo-esfuerzo mágico, vacuo y sin sentido, cuya finalidad es mentalizarse de éxitos que esperan lograr por el absurdo procedimiento de repetir, evitando así el esfuerzo de pensar, evaluar, aplicar y corregir una y mil veces, método este último que, curiosamente, sí suele aproximar al éxito.

Si deseamos intensamente algo y, no obstante, no hacemos más que desear, sin intentar adquirir recursos, conocimientos y estrategias en la dirección de nuestros deseos, estamos siguiendo un proceso de proyección mágica que nos lleva a invocar única y exclusivamente a la suerte.

El éxito debe surgir de que deseo. Para ello es necesario ser sincero con uno mismo. Tener el coraje de atreverse a desear, independientemente de que en un principio nuestras aspiraciones parezcan imposibles.

Desconociendo los deseos tendremos, más dificultades para alcanzarlos: por eso hay que trabajar interiormente para ser conscientes de lo que queremos. Estamos demasiado acostumbrados a fijarnos grandes expectativas y objetivos difíciles de alcanzar.

Cuanto más tiempo dediquemos a nuestros planes, tanto más esfuerzo añadido físico, económico, intelectual, sentimental, etc. van a requerir de nosotros. Dado que nuestra energía es limitada, es imprescindible elegir bien dónde la aplicamos y en qué proporción. Cada ocasión que no elegimos, perdemos una oportunidad de influir en el curso de la vida y, por ello mismo, de nuestro destino.

Sólo aceptando los propios límites y con el peso del dolor inherente a la propia condición humana, dejándose afectar por la tragedia y manteniendo un contacto cargado de ternura y comprensión, podremos descubrir y transformar la desesperación y la culpa en serenidad y esperanza.

Elaborar el fracaso es amarse y aceptarse a sí mismo por entero, sin restricciones: sombras y luces, dulzuras y cóleras, aristas y suavidades, risas y lágrimas, humildades y orgullos, éxitos y fracasos.

Señalaba Viktor Frankl[8] que lo que penetra profundamente en el ser humano es el deseo de sentido. Y precisamente a causa de este deseo, el hombre aspira a encontrar y realizar un sentido, pero también a encontrarse con otro ser humano en la forma de un tú, y

8. Viktor FRANKL, *El hombre en busca de sentido,* Herder, Barcelona 1980.

amarlo. Ambos hechos, realización y encuentro, dan al hombre un fundamento de felicidad y placer.

Las experiencias vividas, ya sean de éxito o de fracaso, piden a gritos ser disfrutadas o compartidas con alguien

La persona madura reconoce que la posibilidad de fracasar es una experiencia humana universal. El adulto maduro y consciente busca manejar el fracaso, en el caso de que se produzca, no esconderse de él.

Cada fracaso, lo mismo que cada éxito, fue lo que de alguna manera necesitábamos para llegar a ser quienes estamos siendo, para llegar hasta donde estamos.

Hay que tener cuidado con el deseo y con los límites, si de verdad queremos tener éxito. La vida es un intento de equilibrio permanente que no resulta cómodo ni fácil.

El querer abarcar muchas cosas, lejos de traer éxito, puede hacernos sufrir mucho, ya que es preciso elegir y, por ello mismo, renunciar.

Dedica un tiempo a dejar hablar a tus frustraciones, a tus fracasos, a tus autoengaños, a tus miedos, a tus heridas, incluso a aquellas más antiguas y escondidas.

Para ello deberemos buscar un espacio vacío e ir allí a reencontrar nuestro silencio, nuestro silencio fértil.

Todos necesitamos el silencio, un silencio fecundo, vivo, estimulante, no estéril ni amodorrado, porque todo, incluso la actividad productiva, surge del silencio.

Pararse, contemplar, acariciar, escuchar el latido de la vida: todo parece tener otro color y otro olor. Sé que no siempre es fácil estar bien, ni con uno mismo ni con los demás.

No hay fórmulas mágicas para vivir. Es un trabajo de cada uno de nosotros, es nuestra elección. Decía Viktor Frankl, que nos pueden quitar todo, pero no la actitud con que nos enfrentamos a las cosas.

Atreverse a elegir con prudencia y asumir el riesgo de vivir es más rentable que no decidirse a actuar por temor a equivocarse y/o al ridículo.

El realismo es necesario; pero también poseer puntos de vista ilusionados sobre objetivos y metas.

La vida orientada a sentir y ser consciente es la que puede proporcionar la verdadera felicidad, sabiendo que ser feliz no significa encontrarse en estado permanente de bienestar. Al goce del instante puede seguir el dolor del momento venidero.

Aprender a vivir los fracasos, elaborarlos, conocer más de mí a través de ellos y desarrollarme; ésa es la cuestión. No se trata, ni mucho menos, de una pasividad resignada; todo lo contrario: se trata de un trabajo activo y cotidiano, de una voluntad de recomponerse cada mañana, aun en medio de la desolación, cuando las cosas no van como quisiéramos o habíamos planeado, o bien cuando la naturaleza nos juega una mala pasada, o cuando sufrimos el desengaño de quien más queríamos y confiábamos.

No quiero terminar este apartado sin detenerme en esa forma, muchas veces imperceptible y sutil, de causarse fracaso, sumamente dañina, y que ocurre cuando la persona renuncia a hacerse más ella misma y empuñar las riendas de su vida por miedo a las pérdidas o renuncias que ello supondría. Es decir, cuando la persona elige mantenerse en lo conocido, aunque fuera empobrecedor, que correr el riesgo de lo desconocido. En este sentido, conocí a una mujer que sintió pánico ante la posibilidad de los cambios que se abrían ante ella, y prefirió retraerse a una vida empobrecida, pero conocida, frente al vértigo de un mundo lleno de posibilidades. Prefirió lo monótono y repetitivo a lo desconocido y estimulante. Eligió un dolor continuo y soportable, y no la posibilidad de gozar y sufrir hondamente.

4. El camino de la autoconsciencia. El éxito de llegar a ser quienes somos, frente a la inconsciencia como verdadero fracaso

Vivimos en una cultura de evasión y nos vamos apartando de nosotros mismos. Se propicia que estemos dormidos, inconscientes a la realidad. Tal vez la forma más extendida y omnipresente que adopta en nuestros días la inconsciencia sea el conformismo, esa tendencia del individuo a dejarse absorber por la marea de las actitudes y respuestas colectivas a perderse en la humanidad impersonal, a fundirse en lo que hoy se conoce como «pensamiento único» o «nuevo orden internacional», y más desde el 11 de septiembre de 2001, con la correspondiente pérdida de su propia conciencia y potencialidades de cuanto le caracteriza como un ser original e irrepetible.

Erich Fromm[9] ha señalado que la gente de nuestra época vive sometida a «autoridades anónimas» tales como la opinión pública.

9. Erich FROMM, *¿Tener o ser?,* Fondo de Cultura Económica, Madrid 1978.

La autoridad es el mismo público, pero esto no es más que un conjunto de individuos, cada uno de los cuales tiene su dispositivo de *radar* ajustado para descubrir lo que los otros esperan de él o de ella. Participamos a lo largo de la vida temerosos de nuestra propia vaciedad colectiva.

La persona no tiene una imagen exacta y aceptable de sí misma, pues la ha deformado en su intento de hacerla más aceptable, y ha terminado por negar algunas facetas propias. Se fabrica así una imagen irreal, inexacta, de sí mismo; o, lo que es lo mismo, se fabrica una máscara, de modo que todos los aspectos inaceptables de su yo aparecen como externos, ajenos a lo que él es, «lo que no soy». De esta manera, todos esos aspectos de uno mismo aparecen proyectados, excluidos de la conciencia, y esto sí es un auténtico fracaso.

La vida requiere mucha apertura para poder aprender algo. No se puede tener demasiada suerte siendo rígido.

El éxito de llegar a ser quienes somos tiene que ver con asimilar proyecciones. Es decir, incorporar en nosotros mismos lo que hemos desechado, reconociendo como parte de nuestra experiencia aquello que hemos estado colocando fuera de nosotros mismos.

Recuperar una proyección es derribar una barrera, incluir en nosotros mismos cosas que creíamos ajenas, abrirnos a la comprensión y aceptación de todas nuestras diversas potencialidades, negativas y positivas, dignas de amor o de desprecio, y así llegar a tener una imagen relativamente exacta de todo aquello que es nuestro organismo psicofísico, es volver a cartografiarnos el alma para unificarnos en un todo, para que al final, aunque no todos nuestros aspectos nos parezcan deseables, tal vez podamos encontrarnos en conjunto agradables.

Hay momentos, cruces de caminos, en que debemos pensar qué queremos. Entonces surgen las dudas y las indecisiones y los miedos, responsables de que nos quedemos atrapados sin atrevernos a dinamizar proyectos, a correr riesgos. Estos bloqueos emocionales son responsables de impedir verdaderos caudales de energía creativa que no fluye y nos incomunica y frustra.

La consciencia es el lugar donde se produce la maduración. Ser consciente de lo que decimos, de lo que hacemos, de lo que pensamos, de cómo actuamos. Ser conscientes de dónde venimos, de cuáles son nuestras motivaciones, es posible que nos ayude a tener éxito en la difícil tarea de llegar a ser quienes realmente somos.

Darse cuenta de los propios sentimientos y emociones es un imperativo, si queremos lograr el éxito.

Ya desde niños nos piden que seamos amables, obedientes, respetuosos. Para conseguir el objetivo se suele apelar al miedo, o directamente al chantaje del deseo de ser querido.

Después de tantos mensajes que niegan nuestra experiencia, llega un momento en que ya no sabemos lo que queremos, lo que nos pasa, ni cuáles son realmente nuestras emociones.

Desde que el ser humano en su evolución terminó por separarse de los demás primates como un ser autorreflexivo, comenzó a exponerse a la ansiedad y a la culpa.

En el relato bíblico de Adán y Eva[10] podemos ver cómo, a partir de que probaron el fruto prohibido, tomaron conciencia de sí mismos y de que sufrían y morían, y que deberían llevar consigo esa angustiosa y nueva carga.

Comer del árbol del conocimiento no sólo hizo que los hombres y mujeres tomaran conciencia de su estado, sino que emprendieran una vida real de auténtica responsabilidad autoconsciente. Éste fue el nacimiento de la autoconsciencia y, al mismo tiempo, de las dificultades para llegar a ser quienes realmente somos.

El conocimiento nació de la libertad y lejos de los oscuros rincones de lo irracional. El hombre prefirió la muerte, vivida muchas veces como fracaso, y la angustia intrínseca a la propia condición humana, a la inocencia de la ignorancia.

Por lo tanto, una de las labores del ser humano, por su condición de humano, fundamento de su éxito como especie, consiste en ir evolucionando desde una situación no pensante y sin libertad, mediante la experiencia del nacimiento de la autoconsciencia, las crisis de crecimiento, las luchas, elecciones y avances de lo conocido a lo desconocido, siempre hacia una consciencia más amplia de sí mismo y, por tanto, hacia una mayor libertad y responsabilidad. Cada paso en este proceso significa que la persona vive menos como un autómata en una sociedad conformista, y más como alguien que trasciende el tiempo, es decir, alguien que vive de acuerdo con lo que elige.

La vida se completa exitosamente cuando se vive. Para ello debemos aprender a vivir conscientemente. Elecciones, decisiones a veces difíciles e incluso dolorosas, cruces de caminos que debe-

10. Ken WILBER, *Ciencia y religión,* Kairós, Barcelona 1998.

mos tomar sin forzar, siempre tratando de nadar a favor de nuestra corriente interior. De esta manera, la vida se va haciendo más significativa, aunque no fácil.

El éxito de hacerse no es una única experiencia, sino que se trata de un proceso al que todos estamos llamados y que tiene sus propios ritmos y periodos, su propio tiempo, con avances, paradas en el camino, agotamiento, ilusiones, esperanzas... que nos van llevando a nuestra morada de realización.

El ser humano es el ser que puede ser consciente y, por lo tanto, responsable de su existencia. Esta facultad de tener consciencia de su propio ser es lo que distingue al hombre de todos los demás seres.

El camino de hacerse a uno mismo, de realizarse en definitiva, es una fuente potencial de placer. En la vida, el final es la muerte. ¿Cuál es la prisa por llegar a esa meta?. Los amantes no hacen el amor para llegar al orgasmo, aunque éste sea un final deseable de hacer el amor; por el contrario, se centran en la comunicación total y profunda que conlleva al abandono de los límites de uno para fundirse en ese abrazo amoroso en el que por un instante parece que se disuelve la soledad[11].

Y al final, como señala Marcel Légaut[12], todo le será quitado progresivamente al ser humano, hasta su último aliento, hasta la última mirada retenida con la extraña avidez que manifiesta la fijeza del cadáver. Pero, al fin, si ha sido fiel a las llamadas de maduración que escuchó, aunque privado de la posesión de cualquier cosa que sintiese como segura en el pasado, le quedará lo esencial de lo que llegó a ser, sin velo y sin sombra.

11. Iosu CABODEVILLA, *Vivir y morir conscientemente,* Desclée de Brouwer, Bilbao 1999.
12. Marcel LÉGAUT, *Trabajo de la fe,* Asociación Marcel Légaut (Cuadernos «Diáspora»), Valencia 1996.

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

En los dramáticos momentos que vive la humanidad, el ser humano se sumerge en las profundidades del Ser y se hace una serie de preguntas básicas: ¿Qué estamos haciendo en este mundo? ¿Cuál es nuestro lugar en el conjunto de los seres? ¿Cómo asegurarnos un futuro que sea esperanzador para todos los seres humanos y para nuestra casa común? ¿Qué podemos esperar más allá de esta vida?

Es en este contexto donde Leonardo Boff sitúa el tema de la espiritualidad. Citando al Dalai Lama, Boff pone de relieve la distinción esencial entre religión y espiritualidad: la primera, asociada a creencias, dogmas y ritos; la segunda, relacionada con las cualidades del espíritu humano –compasión, amor, tolerancia, capacidad de perdón, solidaridad– que proporcionan la felicidad, a la vez que denuncia los momentos y formas en que la religión se convierte en negación de la espiritualidad.

96 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 6,00 €**

ST 90 (2002) 673-686

Cómo vivir el éxito y el fracaso.
Claves evangélicas

José A. García, sj*

La palabra «éxito» proviene de un verbo latino que significa «salir» (*exire, exitum*). La palabra «fracaso» deriva, a su vez, de otro verbo latino que significa cascar, romper (*quassare*). Pero ¿salir de dónde o de qué?; ¿cascar o romper qué cosa?

Etimológicamente considerados, el término «éxito» alude al hecho de salir de una dificultad, de vencer un obstáculo, y el término «fracaso» a la ruptura, el desplome o la quiebra de algo.

Se trata sólo de un primer acercamiento lingüístico al tema del éxito y el fracaso, pero que nos sitúa, ya de golpe, en el umbral mismo de sus significados más profundos y vitales.

1. Algunas constataciones, algunas preguntas

El éxito embriaga, raramente alimenta. El fracaso tiende a deprimirnos, pero algunas veces nos vuelve más humanos. Éxito y fracaso forman parte de esas realidades humanas que parecen estar abiertas a vehicular lo mejor y lo peor del hombre. Hay personas a quienes el éxito convierte en hombres y mujeres prepotentes, soberbios, insoportables; a otras, sin embargo, las vuelve encantadoras, seguras de sí, simpáticas, emprendedoras... Existen también personas a quienes el fracaso hunde en un abismo de impotencia y agresividad, y otras a quienes convierte en seres increíblemente sensibles, compasivos, resistentes... ¿Cómo se explica tal diferencia? ¿Cuál es el secreto de que los mismos hechos puedan ser vividos de modos tan diametralmente opuestos?

* Jesuita, Director de la revista *«Manresa»*. Instructor de Tercera Probación. Salamanca.

A las experiencias humanas de éxito y de fracaso no nos acercamos con la mente vacía, sino llena de pre-juicios, es decir, de conceptos previos sobre en qué consiste tener éxito en la vida o llevar una existencia fracasada. El origen de tales pre-comprensiones proviene de nuestro propio interior, de nuestra psicología, a la vez que de la cultura circundante. Decimos la palabra *éxito,* y surge en nuestra mente todo un mundo de imágenes de triunfo, de felicidad, de gloria, de poder... Decimos la palabra *fracaso,* y el mundo simbólico que la acompaña se llena de imágenes de sufrimiento, tristeza, desastre, frustración...

Que esos mundos simbólicos y pre-conscientes tienen un poder inmenso de configurar nuestros sueños y nuestras conductas es más que evidente. Ahora bien, ¿qué verdad interior tienen? ¿Equivale realmente el éxito de la vida al triunfo, y el fracaso al sufrimiento? ¿No existen acaso vidas aparentemente exitosas que observadas por dentro son un auténtico desastre, y otras que tras su aparente fracaso brillan como prodigios humanos?

En este número de *Sal Terrae* se ha tratado ya el tema del éxito y el fracaso desde otras ópticas en las que no es necesario insistir. Queda, no obstante, una que, en cuanto cristianos, no podemos dejar de plantearnos. Podría formularse de muchas maneras, pero al final la pregunta sería siempre la misma. Éxitos y fracasos son datos, acontecimientos de la vida que unas veces tienen su causa en nosotros, y otras nos sobrevienen de forma inesperada y al margen de nuestra intervención. ¿Tiene la fe algún modo específico de enfrentarse a esta realidad humana? ¿Emana de ella alguna energía espiritual que al encarar el «dato bruto» del éxito o del fracaso extraiga de él potencialidades insospechadas y de algún modo contrarias a su dinámica más directa y natural?

Ésa es la cuestión. Ésos también los límites de la pregunta a la que pretendo acercarme desde un interés espiritual y práctico y en una perspectiva eminentemente cristológica.

2. *Ecce homo!* ¿Quién es el hombre logrado según el Evangelio?

Una de las mayores paradojas que introduce Jesús en el Evangelio tiene que ver directamente con el tema que nos ocupa. Jesús no consagra, sin más, las concepciones humanas y culturales de su tiempo en torno al éxito y al fracaso; más bien, las cuestiona radicalmente.

No sólo eso. Su propia vida es un mentís rotundo a esas concepciones que entonces y ahora nos parecen tan obvias, de arraigadas que están en nuestro interior y en nuestra cultura.

Es bien sabido que los evangelios sinópticos reiteran una y otra vez (hasta cinco veces) el mensaje de que «quien gana su vida la pierde, y que para ganarla hay que estar dispuesto a perderla»[1]. Demasiada insistencia, demasiada convergencia y reiteración como para dudar de que este mensaje proceda del propio Jesús.

Hay más. El Evangelio y, tras él, todo el Nuevo Testamento nos van a presentar como modelo de Hombre, como prototipo de una vida infinitamente lograda, a alguien que, visto con ojos humanos –esa mirada arcaica que nos recorre por dentro y que empapa la cultura por fuera–, no pasa de ser un fracasado. *Ecce homo!* Ahí tenéis al Hombre. El Crucificado es la negación más radical, el cuestionamiento más sorprendente de nuestras concepciones del éxito y el fracaso humanos, de aquello en lo que consiste una vida lograda o una vida fracasada.

Pero ¿de dónde le vienen a Jesús y a la reflexión teológica posterior del Nuevo Testamento una concepción tan atípica y contracultural del éxito y el fracaso humanos?

Jesús hereda una tradición antropológica según la cual la respuesta a la pregunta por el ser del hombre, y por tanto por la vida lograda o fracasada, no viene dada por lo ya establecido como tal, por lo que la cultura, la tradición o la filosofía dan por sentado que es ser hombre o mujer, sino por lo que Dios les llama a ser. Bajo esa nueva perspectiva, el éxito humano está vinculado a la responsabilidad ante Dios, es decir, a la capacidad de oírle y responderle. El fracaso del hombre estriba en todo lo contrario: en vivir de espaldas a su llamada.

En su libro sobre *El hombre* escribe Moltmann a este respecto:

> «Tomada en sus raíces, la pregunta de qué es el hombre no se suscita en las historias bíblicas mediante comparaciones con aquello que siempre existe... Surge concretamente de cara a la sorprendente y concreta interpelación y encargos divinos... La pregunta de Moisés en el monte del encuentro, "¿Quién soy yo para ir al Faraón?", recibió una respuesta extraña, pero particularmente significativa: "Yo estaré contigo". Éste es el nombre del Dios que se

1. Cf. Mt 10,39 y 16,25; Mc 8,34-35; Lc 9,24 y 17,33. Ver también Jn 12,24-25

> pone a la obra: "Yo seré el que seré". Lo cual significa que la pregunta del hombre, "¿Quién soy yo?", no es respondida directamente, sino que está allá donde Dios garantiza su presencia y su compañía en el camino de la vida. "No temas ni te espantes, porque yo estaré contigo en todo lo que hagas"»[2].

De esas historias bíblicas bebió Jesús, en ellas alimentó su propia autocomprensión. Nadie como él vivió con tanta pasión, con tanta escucha y obediencia, con tanto amor, la experiencia de que somos lo que Dios nos llama a ser y de que la única garantía que tenemos para embarcarnos en esa llamada divina es la promesa de contar siempre con su Presencia.

Jesucristo muerto y resucitado, vivo y presente en medio de nuestra historia, es esa Presencia de Dios para nosotros. En Él es donde Dios cita al hombre, le señala quién es. Para Dios, ser hombre es ser-en-Cristo. Sobre ese horizonte, sobre ese telón de fondo, mide la fe los conceptos de éxito y fracaso, de vida lograda y vida malograda, lo cual constituye siempre un verdadero escándalo. ¿Qué puede haber, en efecto, más escandaloso para cualquier «humanismo» que el hecho de que la revelación de quién es el hombre verdadero –y quién Dios– se produzca en un Crucificado? (J. Moltmann, *loc. cit.*). Como afirma Martin Buber, «éxito no es ninguno de los nombres de Dios».

En una perspectiva de discernimiento, ese jesuita sabio que es Andrés Tornos viene a decir algo semejante comentando algunos pasajes de Pablo:

> «No se trata en estos pasajes de que los cristianos hayan de pensar al margen de su condición humana. En lo que insiste Pablo es en la innovación de los horizontes de humanidad aportada por la muerte y resurrección de Jesús, en las posibilidades nuevas de lo humano sobrevenidas en él, cuyo olvido es un recaer en los tiempos que están superados. Se insiste en que las posibilidades no son para el hombre de fe las mismas que para un hombre a quien no se le hubiera hecho posible el futuro de Jesús.
>
> Por razón de este vuelco histórico, libremente realizado por Dios y solamente identificable por la mirada de la fe, es por lo que se queda corto para pensar nuestras posibilidades y deberes un

2. J. MOLTMANN, *El hombre. Antropología cristiana en los conflictos del presente,* Sígueme, Salamanca 1978, pp 33-34, y hasta la 39.

> reflexionar que se guíe por las posibilidades universales de una humanidad abstracta... En Jesús se despliega un horizonte de realizaciones de lo humano que tiene que poder ocurrir desde cada uno de los sitios en que uno se halla y conforme a llamamientos diferentes, estando todo relativizado por el corte de la muerte/resurrección, siempre interviniente en los futuros imaginables»[3].

Estas dos largas citas dejan claro dos cosas muy queridas para la antropología bíblica y centrales para nuestro tema: a) que el hombre no es necesariamente lo que sus pulsiones más arcaicas o las «tradiciones humanas» dicen que es, sino lo que Dios le llama a ser y le posibilita ser; b) que, desde una perspectiva de fe, que es la nuestra en este momento, tener éxito en la vida o fracasar en ella no es algo que pueda medirse desde dichas pulsiones interiores o desde la cultura circundante, sino sólo desde nuestra respuesta o nuestro silencio a la llamada y el amor de Dios.

3. El Espíritu Santo, «maestro interior» del creyente

Continuando la lógica del apartado anterior, cabe todavía preguntarse –y hay que hacerlo– a qué verdad del hombre apela Jesús, y tras él la reflexión del Nuevo Testamento, para ver las cosas así. Es decir, por qué, vistas las cosas desde una óptica bíblica, el hombre no «es» lo que parece ser, lo que potentes fuerzas interiores y externas le dicen que es, sino otra cosa cuya revelación sólo la encuentra en el interior de una comunión de fe y de amor con Jesucristo muerto y resucitado.

Veamos. La experiencia humana atestigua una y otra vez que somos seres muy complejos y que lo que nos llega de la cultura también lo es. Al lado, por ejemplo, de las «voces» que emiten nuestras pulsiones más acríticas y que vinculan éxito con riqueza, honor y poder, y fracaso con lo contrario, existen también otras no menos «humanas» que relacionan vida lograda con amor recibido y entregado, y fracaso con soledad y egoísmo. ¿Quién lleva la razón? ¿Cuál de los dos mensajes realiza más y mejor aquello en que consiste ser verdaderamente humanos?

3. A. TORNOS, «Fundamentos bíblico-teológicos del discernimiento»: *Manresa* 60 (1988), pp 325-326

Imposible responder a esta pregunta de un modo convincente si nos mantenemos a un nivel abstracto o de pura teoría. En este tipo de cuestiones, las más decisivas tal vez de la vida, los humanos no nos aclaramos primero por un planteamiento racional, y después por una práctica concreta, sino justamente al revés. Se hace aquí realidad aquello de que en la existencia humana hay verdades que primero hay que entender para poder creerlas (*intellige ut credas*), y otras que primero hay que creer para poderlas entender (*crede ut intelligas*). La cuestión que nos ocupa pertenece claramente a este segundo orden de cosas. Sólo desde dentro del amor y el seguimiento de Jesús es posible experimentar que su mensaje sobre la vida lograda y la vida fracasada es verdad. Él mismo tuvo que aprenderlo por un proceso parecido de inmersión en la vida de Dios. En su identificación con el Padre, supo Jesús que vivir es recibir amor y entregarlo, y que el éxito o el fracaso de la vida humana se miden en relación al ser mismo de Dios, no a cualquier otra autoridad cultural o simplemente humana.

¿Quién será nuestro mediador, el maestro interior que nos guíe hacia ese tipo de comunión transformante con Jesucristo?

Jesús se fue, pero nos dejó su Espíritu, que es también Espíritu del Padre, con una triple misión, con un triple encargo: ser recuerdo e imaginación suya, ser nuestro abogado y defensor, ser nuestra fortaleza.

- Si nos olvidamos de Jesús, los creyentes no sabremos bien quiénes somos, quiénes estamos llamados a ser por Dios: necesitamos que el Espíritu active la memoria de Jesús en nosotros, su presencia viva, y también su imaginación creadora.
- Hay muchas cosas en esta vida de las que no sabemos defendernos, comenzando por nosotros mismos: necesitamos que el Espíritu sea nuestro abogado defensor, nuestro Paráclito, en todo aquello que amenaza con derrocarnos.
- Al igual que al Siervo, la vida nos pone frecuentemente en tales aprietos que la tentación de abandonar o la experiencia de quebrarnos se nos vuelve muy cercana: Jesús envía su Espíritu sobre nosotros como aliento contra la tentación de abandonarlo, como fortaleza contra el desplome.

Llevando a su límite la expresión de nuestras radicales impotencias, dirá Pablo que nosotros no sabemos ni cómo orar bien a

Dios, ni cómo amar bien a los demás, ni cómo confesar a Cristo como Señor... Ni cómo vivir cristianamente la experiencia humana de éxito y de fracaso, podría haber añadido perfectamente.

¿Qué susurra, hacia dónde nos conduce ese «maestro interior» en ellas?

3.1. El Espíritu Santo sugiere en nosotros un desplazamiento progresivo de los fundamentos de nuestro yo, y también de sus aspiraciones y metas. Éxito y fracaso quedan así relativizados e integrados en un horizonte nuevo y mayor.

Los humanos enfermamos de dos maneras: por carecer de fundamentos o por situarlos en lugares falsos; por ausencia de horizontes o por fijarlos en metas equivocadas. Sin cimientos «humanos» nos desfondamos; sin viento nos asfixiamos. De ahí la centralidad de no errar el tiro a la hora de establecer las bases de sustentación que deseemos dar a nuestro yo y el horizonte hacia el que queremos que se despliegue. No estamos ante una cuestión baladí. Estamos tal vez ante la tarea más decisiva de la vida humana y de la fe, y también la más difícil de procesar evangélicamente.

La psicología evolutiva sabe que el yo humano crece apoyado en su poderes, que se robustece a sí mismo y cobra seguridad sobre la base de sus éxitos. Sabe también que incluso los fracasos pueden activar las fuerzas del yo, convertirse en fuentes de su interna dinamización, con el fin de que no se repitan. Éxitos y fracasos cuentan así con un inmenso potencial innato que tiende a convertirlos en base y motor de nuestra vida ya desde nuestros primeros años.

¿Dónde sitúa el Evangelio la alternativa? ¿Hacia dónde nos lleva el Espíritu del Resucitado?

Hacia un cambio de fundamentos en las bases del yo. Es cierto que nuestro yo humano florece en la acción y en la relación, en su exterioridad hacia el mundo. Es cierto que ninguno de nosotros es nada –ni siquiera humanos– sin exteriorizarse a esos niveles. Pero es igualmente cierto que los solos niveles de la exterioridad del yo hacia los demás y hacia el mundo, el solo ejercicio de sus «poderes», no es capaz de proporcionarle un suelo fuerte y estable. El suelo del yo, su roca, según la fe, no está en lo que el yo puede «hacer», sino en el dato primero y originante de ser criatura que surge del amor y de la llamada de Dios. Ésa es nuestra gloria ayer,

hoy y mañana. En circunstancias de éxito humano y en circunstancias de fracaso. Siempre.

El Evangelio está lleno de avisos en este sentido. Ni la acumulación ni el poder ni el propio bienestar o interés pueden dirigir la vida humana, so pena de arruinarla miserablemente y sin remedio. Quien persigue su propio éxito, al igual que quien persigue directamente la felicidad, está condenado a no encontrarlo nunca. Éxito y felicidad verdaderos sólo nos acaecen cuando vivimos para otra cosa distinta de ellos. Jesús dirá que cuando vivimos para el Reino de Dios: «Vosotros buscad primero el Reino de Dios. Todas esas cosas se os darán por añadidura» (Lc 12,31). Como sucede en Dios-Trinidad, a imagen del cual estamos hechos, lo más valioso de nosotros mismos está en el Amor recibido que se transforma a su vez en Amor entregado, en una existencia que hace de los pobres de este mundo, de los enfermos y los pecadores, su horizonte de sentido y de despliegue, en vez de su yo. Así vivió Jesús su propio misterio humano, a imagen de lo que veía en Dios. Y ése será su mayor reto hacia nosotros: que seamos como es Dios (Mt 5,48).

Por otra parte –y esto debería asustarnos verdaderamente–, cuando vivimos obsesionados por el propio éxito, tensos hacia él, ¡ay de aquellos junto a quienes vivimos! No serán más que objetos de nuestra codicia, de nuestra vanagloria o de nuestro desprecio.

Así pues, frente a lo que nuestra psicología y nuestra cultura más espontáneas y acríticas consideran éxito o fracaso en la vida, el Espíritu de Jesús induce en nosotros un cambio en los fundamentos y en los horizontes de nuestro yo, una radical *metanoia.* La sugiere y, al dejarnos conducir y enseñar por él, la hace posible.

3.2. Vivir así está amenazado. El Espíritu Santo abre nuestro corazón al encuentro personal con Cristo, en cuyo amor y seguimiento su vida se nos revela como «vida verdadera». Suya y también nuestra.

Recibirse sólo de Dios, y no de nuestros poderes o fracasos, establecer el horizonte de nuestra vida en la estela histórica de Jesús, admitir como nuestra su idea de vida lograda y vida fracasada, está amenazado desde dentro de nosotros y también desde fuera. Dentro de nosotros, la amenaza nos llega desde tres instintos básicos que con frecuencia se transforman en obsesiones: a) el instinto de vivir,

que fácilmente se trasforma en obsesión por la vida; b) el instinto de tener, cuya tendencia perversa es la codicia; c) el instinto de valer, que tantas veces termina en obsesión por el prestigio.

Si de lo psicológico pasamos a lo cultural... A esta cultura nuestra occidental, fraccionada y todo como está en mil subculturas, se la ha denominado como cultura de la satisfacción, cultura de la separación, cultura apática... No es que con definiciones así se quieran meter todos los fenómenos culturales en un mismo saco, lo cual sería manifiestamente injusto. Lo único que quiere expresarse con ellas es que la *satisfacción* no diferida de los deseos individuales (Galbraith), una *separación* y distancia con respecto a los otros (Riesmann) y la *apatía,* en su forma de olvido del sufrimiento ajeno y huida precipitada del propio (Moltmann), están configurando fuertemente a nuestras sociedades y modelando desde fuera nuestras pre-comprensiones sobre el éxito y el fracaso.

¡Qué paradoja! ¿Cómo es posible vivir de espaldas al universo y a los demás cuando lo cierto es que les debemos la vida, que sólo por ellos y en ellos somos seres *humanos*? ¿Cómo es posible que podamos establecer el concepto de vida lograda o fracasada al margen de nuestra responsabilidad hacia aquellos a los que tanto debemos?

Pero si vivir así, responsablemente (es decir, respondiendo a tanto don recibido), está tan amenazado, ¿qué o quién nos ayudará a no sucumbir a este mortal engaño con el que hacen pinza en nuestro yo tanto los demonios interiores como los externos?

«Yo soy el camino, la verdad y la vida», dijo Jesús; pero se trata sin duda de un camino, una verdad y una vida escondidos (cf. Mt 13,44), no obvios; un camino, una verdad y una vida necesitados, por tanto, de una personal revelación que sólo acontece en el seno de una relación con el Señor.

¿Qué clase de relación con Cristo tiene el poder de revelarnos su vida como «vida verdadera», como vida lograda?.

– Hay un tipo de relación con Jesús que se parece a la relación con un recuerdo. Sublime, sin duda, y conmovedor; irradiante incluso; pero recuerdo. En tal tipo de relación con el Jesús que fue, Jesús no es alguien vivo, real, un Tú capaz de generar en nosotros un nuevo ser, una nueva criatura, una revelación. Ese recuerdo nos emocionará; es posible incluso que nos dinamice por un tiempo; pero difícilmente trasformará nuestro yo por dentro.

– Lo mismo sucede cuando el término de la relación de nuestra vida de fe es una estética cristiana –bellísima, por cierto– o la Causa por la que Jesús vivió y murió.
– Sólo una relación afectiva y cordial con Jesucristo, el crucificado que fue resucitado, el que sigue vivo en medio de nosotros por la potencia de su Espíritu, será capaz de operar una transformación que induzca en nosotros un sistema de valoraciones de la vida semejante al suyo. «Encontrarse en el surco del otro, más aún, en el propio ser de otro, revela al hombre a sí mismo, lo manifiesta en lo más íntimo de sí»[4].

Ningún cambio radical –de esos que conmueven y subvierten las pre-comprensiones psicológicas y culturales y las conductas prácticas– se producirá en nosotros si no es el propio Cristo quien ocupa por entero nuestro corazón, a costa del desalojo de nuestro yo. Es en Cristo, en su persona y su amor recibidos por pura gracia y acogidos con un inmenso agradecimiento, donde se produce la revelación de qué sea la vida verdadera, la vida lograda, y el fracaso radical. Fuera de esa relación cordial, los diablos, cuyo oficio es precisamente el de separar, escindir, alienar al ser humano de su verdad humano-divina, volverán a campar por sus respetos.

4. Cuando nos rondan los éxitos, cuando somos presa de los fracasos: lugares de invocación

Somos, pues, criaturas nuevas, nueva creación (y también nueva pre-comprensión), cuando acogemos al Espíritu de Cristo y nos dejamos re-generar internamente por él. Él es el protagonista; lo nuestro es sólo la *sinergia* de quitar impedimentos, facilitar su acción, contemplar su actividad, expresar nuestro agradecimiento y nuestra súplica.

¿Cómo? ¿Dónde? He aquí tres lugares importantes de invocación al Espíritu que nos ayude a vivir cristianamente los éxitos y fracasos, provocados por nosotros o simplemente sobrevenidos.

4. M. LÉGAUT, *Búsqueda, fracaso y plenitud,* Verbo Divino, Estella 1974, p. 69

4.1. Necesitamos invocar al Espíritu Santo en aquel nivel de nuestro ser donde ser juega la batalla entre codicia y confianza.

La pre-comprensión humana del éxito va casi siempre asociada a imágenes de acumulación; la de fracaso, a imágenes de carencia. ¿Por qué es así? ¿Por qué, consiguientemente, éxito y codicia forman un tándem frecuentemente inseparable?

Por ser imagen de Dios, somos materia prima preciosa; por ser sólo criaturas, somos necesidad, miedo, inseguridad, soledad... Estos agujeros negros de nuestro yo tienden de un modo natural a buscar su compensación en la acumulación de bienes, ya sea de orden material o de naturaleza espiritual. Es un camino equivocado, pero parece verdadero, y ahí está su fuerza. ¿Qué cosa más «lógica» que pensar: si logro atesorar muchos bienes, o muchas cualidades, o muchos influjos, o muchos... ¡adiós inseguridad, adiós miedos!? La acumulación aparece como la terapia más adecuada y natural contra la inseguridad radical del pobre corazón humano, como la forma primaria del éxito. La vida se encargará de demostrar que no es así; pero el engaño funciona una y otra vez en esa clave...

He ahí un lugar humano donde la relación personal y afectiva con Cristo está llamada a jugar un papel decisivo. He ahí un primer lugar de invocación al Espíritu Santo. La alternativa que nos ofrece Jesús es buscar la terapia a las fragilidades naturales de nuestro yo en la confianza en él, no en la codicia de bienes. En la articulación de nuestra libertad en la suya, no en las propuestas de la «insaciable codicia del corazón per-vertido» (Moltmann). En caso contrario, ya sabemos adónde conduce esa dinámica: la búsqueda de tal forma de éxito nos vuelve autosatisfechos, prepotentes, apáticos. Serán los otros, además de nosotros mismos, quienes sufrirán las consecuencias de tal engaño.

4.2. Necesitamos invocar al Espíritu Santo allí donde los dones recibidos tienden a autonomizarse del Dador de todos ellos.

Triunfos, éxitos, fama, gloria, poder... tienden a desarrollar desde dentro de sí mismos una dinámica perversa: el olvido de que en la vida todo es don, de que todo es gracia. En una perspectiva cristiana, no se trata de negar los dones, las cualidades, los éxitos de nuestra inteligencia o nuestro empeño. Nada de eso. Se trata únicamen-

te de referirlos a quien los ha hecho posibles en nosotros: Dios, los demás, el mundo... Ésa es la cuestión. En la mejor espiritualidad cristiana –la de María, por ejemplo–, la tentación que tienen los dones de independizarse del dador no se encara a través de la negación de los mismos, sino del agradecimiento y la alabanza: «Engrandece mi alma al Señor, porque ha hecho en mí maravillas».

Pero, puesto que esa tentación existe y es muy real, el punto en que nuestros éxitos son material, bien para el agradecimiento, bien para la soberbia, se convierte en un segundo lugar importante de encuentro con Cristo y de invocación a su Espíritu.

4.3. En los fracasos culpables, Dios emerge para nosotros como ofrecimiento de perdón y reconciliación; como «kairós» de nuevas posibilidades. En los no culpables, Dios emerge para nosotros como invitación a la desposesión y al desalojo de nuestro yo; a dejarnos ocupar, conducir y poseer por Él.

Si los fracasos se deben a nuestra pereza o a nuestro descuido, tal vez a nuestro pecado, seamos honestos: no hay por qué implicar a Dios en ellos. Y, sin embargo, Dios, que está en todo y lo trabaja todo por dentro, también nos espera en ellos. ¿Cómo? Como esperó el Padre de la parábola la vuelta del hijo pródigo y fracasado: acogedor, dichoso, alborozado. Este tipo de fracasos, re-vividos a la luz y el amor de Dios, siguiendo la voz del Espíritu que grita dentro de nosotros «¡Abba, Padre!», nos hacen más pobres, más agradecidos, más confiados... Nos vuelven mejores. No ellos, por supuesto, sino el Dios que emerge en ellos y nos renueva con su acogida.

Más difícil, mucho más difícil, nos resulta convertir en oportunidad de gracia nuestros fracasos no culpables, sean éstos de tipo físico, psíquico o moral. He ahí una tarea imposible si Cristo-en-nosotros no la posibilita. Cuando este tipo de fracasos nos cercan por fuera o se clava por dentro en nosotros, lo primero que destilan no es sentido y gracia, sino abatimiento, desilusión, sufrimiento, desesperanza... Y sin embargo, como afirma el ya citado Marcel Légaut, «los fracasos tienen poder de revelación: ser lo que uno es y nada más que lo que es. La experiencia de los fracasos básicos nos junta a todos, nos iguala, es fuente de comunión... Es como si, gracias a los fracasos que han marcado su vida de estigmas imborra-

bles, el hombre hubiera desgastado poco a poco su deseo de posesión, de autoafirmación de sí, su temor a no ser, y hubiera recibido la lejana pero real contemplación del fruto preciso que ha tratado vanamente de acoger»[5].

¿Cómo vivir entonces cristianamente el material aparentemente negativo de nuestros fracasos, abierto como está, por otra parte, a convertirse en fuente de una mayor comunión?

Las vías racionales en este punto no dan ya mucho más de sí. Habrá que volver a ellas una y otra vez, pero conscientes de sus límites. Desde el punto de vista de la mistagogía espiritual, aprovecha mucho más girarnos totalmente al Dios-con-nosotros y entrar en diálogo con Él: ¿cómo está Dios en nuestras pasividades de disminución?; ¿cómo vive nuestros fracasos no culpables?; ¿cómo emerge en ellos y hacia dónde quiere llevarnos?

Ante la enorme distancia (fracaso) entre el mundo tal como es y tal como Dios lo sueña, la Trinidad no nos consuela con una teoría racional que aclare los hechos. Tampoco permanece neutral, apática. Interviene, se implica personalmente en Jesús de Nazaret. Asume la condición humana para sanarnos por dentro de nuestros fracasos culpables, para enseñarnos a vivir los involuntarios con la confianza puesta en Él, para indicarnos el camino de las bienaventuranzas como alternativa divina a los espejos y las máscaras del éxito.

Hablando de la pedagogía divina en la desolación espiritual, dice Ignacio que Dios intenta con ella estas tres cosas: a) «probar para cuánto somos y en cuánto nos alargamos en su divino servicio y alabanza sin el estipendio de consolaciones y crecidas gracias»; b) «darnos vera noticia... de que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor»; y c) «porque en cosa ajena no pongamos nido» (EE 322). Lo mismo podríamos decir con respecto a nuestros fracasos no culpables. No es que Dios los produzca o los quiera; ni siquiera que los permita. Viene en ellos para que no nos destruyan. Más aún, viene con la pretensión de que esos «fracasos» nos conviertan en seres más humanos, más compasivos, más universales y mejores. El éxito embriaga, raramente alimenta. El fracaso es frecuentemente lugar de revelación.

* * *

5. *Op. cit.,* p. 69

Siempre que Jesús habla a sus discípulos del misterio pascual, se produce en ellos un rechazo y una tristeza casi infinitos. Pedro, incluso, se siente autorizado para expresar al Señor lo inapropiado que resulta ese lenguaje en su boca. ¿Mesías y crucificado? ¿Hijo de Dios y socialmente fracasado? Su pre-comprensión del éxito y del fracaso no difiere mucho de la del hombre y la mujer de todos los tiempos y de la propia nuestra. Por eso le sentimos tan cercano...

Así somos, así funcionan los sueños y los miedos de nuestro pobre e indigente corazón. Más que escandalizarnos de ser así, importa, como ya hemos dicho, entrar paciente y decididamente en la vía del conocimiento interno, el amor y el seguimiento del Señor, que produzca en nosotros esa revelación básica de que la bienaventuranza prometida a los «fracasados» de este mundo y a quienes se embarcan en su liberación es verdadera. ¡Dichosos ellos!

Que la gloria esté (¿podemos llamarla ya «éxito»?) donde el ser humano menos espera encontrarla –en la cruz de una vida entregada–, y el fracaso en ganar la propia vida al margen de los demás, ésa es la revelación que suscita en nosotros el Espíritu del Crucificado, que vive ahora entre nosotros como Resucitado. Ésa la experiencia de la que tan necesitados estamos.

ST 90 (2002) 687-690

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Amamos nuestra tierra, pero... no somos felices en ella.

Las Comunidades de Paz del Urabá chocoano

Eduardo VEGA, L., SJ / Jesús ESTRADA*

El conflicto colombiano atraviesa actualmente por un delicado camino cargado de incertidumbre para el futuro. El 26 de mayo, la sociedad colombiana acudió a las urnas para elegir un nuevo presidente. En la contienda salió elegido Álvaro Uribe, quien se había presentado como candidato con una particular visión sobre las negociaciones de paz con la guerrilla del país. Para ello pretende establecer una mediación internacional, mantener las negociaciones en el exterior, sin zona de despeje, y alcanzar un acuerdo humanitario previo. Incluso ha conseguido que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), la guerrilla más grande del país, haya entrado dentro de la «lista» de organizaciones terroristas de la Unión Europea.

La respuesta de las FARC al discurso de Uribe ha sido violenta, con amenazas e intimidación contra alcaldes, jueces, policías, concejales y fiscales de más de 100 municipios, con la finalidad de obligarles a renunciar. Como fruto de la campaña, muchos ya han dejado sus cargos, y algunos han sido asesinados. Los grupos guerrilleros (FARC y ELN) siguen combatiendo contra las Fuerzas Armadas y contra los grupos paramilitares de extrema derecha. En medio de esta espiral de violencia, la población civil se mantiene atrapada

* De «Entreculturas – Fe y Alegría».

en la línea de fuego y sufriendo amenazas, secuestros y asesinatos por parte de los grupos armados. Pero la población sigue trabajando en alternativas para escapar del horror de la guerra y las violaciones de derechos humanos. Un ejemplo: las Comunidades de Paz de la región de Urabá, cerca de la frontera con Panamá. A través de esta iniciativa, miles de campesinos de ese territorio han podido volver a su tierra después de permanecer tres años como desplazados, manteniéndose al margen del conflicto. Sin embargo, el camino no ha sido fácil.

Comunidades de Paz

Haciendo un poco de historia. El noroeste colombiano, conformado por el Urabá antioqueño y el Urabá chocoano, es una zona de vital importancia económica, geopolítica y militar. Entre 1994 y 1995, las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU, paramilitares), con la anuencia y la complicidad de la Fuerza Pública colombiana, consolidaron el control territorial en casi todo el Urabá antioqueño. Luego, entre 1996 y 1997, se desarrolló la arremetida de las Autodefensas hacia el Urabá chocoano, apoyadas por avanzadas del ejército nacional y bombardeos de la fuerza aérea. Estos operativos, sumados a las acciones de la insurgencia en contra de la población civil en su afán por contener la fuerte incursión, provocaron uno de los desplazamientos masivos más grandes en la historia de Colombia. Asesinatos selectivos, bloqueo económico, señalamientos o amenazas de muerte, entre otras cosas, obligaron a más de 6.500 campesinos de cerca de 60 comunidades a emprender un éxodo, a fin de salvar sus vidas, dejando abandonados sus tierras y pertenencias.

Después de esta amarga experiencia, los desplazados, con la ayuda del CINEP, de Justicia y Paz y los sacerdotes de la Diócesis de Apartadó, comenzaron a imaginar los mecanismos con los que podrían proteger a la población civil y permanecer cerca de sus tierras. Así surge la idea de la «comunidad de paz». Se trata de comunidades organizadas y autónomas que plantean que la población se mantenga al margen del conflicto. Para ello se comprometen a no portar armas, no dar información, no ser ventaja estratégica para ningún grupo, no participar en el conflicto armado y buscar una salida concertada al mismo. Por otro lado, se pide a los actores armados respetar esa voluntad de la población.

Vida y esperanza

Todo queda formalizado en declaratorias que dejan claros los compromisos de cada comunidad, donde se comprometen a trabajar por la búsqueda de una salida pacífica y negociada al conflicto armado que vive la región del Urabá chocoano. El 4 de octubre de 1998 se constituyó la Comunidad de Paz *San Francisco de Asís,* y el 2 de diciembre la de *Natividad de María.* De igual manera, otras 11 comunidades de la cuenca del río Salaquí, desplazadas también en Riosucio, se constituyeron como la Comunidad de Paz *Nuestra Señora del Carmen* en febrero de 1999. Posteriormente, todas deciden llevar un único proceso como Comunidades de Paz de *Riosucio y Carmen del Darién* en el Chocó colombiano, albergando un total de 57 comunidades y aproximadamente 5.100 personas. Establecen un documento denominado *Proyecto de Vida y Espe-ranza,* en el que exigen a los actores armados: respetar las áreas de vivienda y de trabajo y el libre desplazamiento; levantar el estado de restricción de alimentos; evitar el proselitismo político armado dentro de la Comunidad de Paz; respetar la opción no violenta de estas personas; establecer una tregua humanitaria mediante el cumplimiento de los derechos ciudadanos y el Derecho Internacional Humanitario, entre otras cosas. Al Estado colombiano le piden que tenga en cuenta sus actuales condiciones de vida, para mejorarlas, y le reclaman seguridad, protección y una mayor presencia no armada en las zonas rurales donde residen, para que se garantice la inversión social y el desarrollo de la región.

Lamentablemente, este proceso no ha logrado impedir totalmente los ataques contra las comunidades por parte de los grupos guerrilleros, particularmente las FARC, los paramilitares y el propio Ejército colombiano. Pese a ello, la esperanza no se pierde. Para las comunidades se han conquistado importantes logros: la reivindicación del derecho a la vida, la posibilidad de los campesinos de retornar a sus tierras, la titulación colectiva de la tierra, la reconstrucción de viviendas, la adquisición de medios de transporte, la mejora de las vías de comunicación, la opción por la resistencia civil no violenta, la participación comunitaria en la toma de decisiones, el enriquecimiento de la cultura, el reconocimiento nacional e internacional y la posibilidad de denunciar las agresiones y violaciones de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional Humanitario.

No obstante, la evaluación también incluye graves dificultades: la desintegración de algunas comunidades, los desplazamientos internos, las infiltraciones de actores armados en las Comunidades, el incumplimiento por el Estado de los compromisos contraídos, la persistencia de los bloqueos económicos, las muertes, amenazas y desapariciones de campesinos...

A pesar de las dificultades, es importante subrayar que las Comunidades de Paz representan un importante instrumento para la reconstrucción social de Colombia. El reconocimiento como población civil al margen del conflicto armado, y su organización como tal en una opción no violenta, impide la reproducción de la guerra. Además, las comunidades están esforzándose por recuperar los elementos de su cultura que luchan por la paz y tratan de reconstruir los lazos familiares y el tejido comunitario, destruidos por la guerra y el desplazamiento. Esto representa también la reconstrucción del tejido social del país.

ST 90 (2002) 691-703

7
¿Es el Islam un peligro?

Emilio GALINDO AGUILAR*

Una pregunta acertada

Lo menos que podemos decir de la pregunta que *Sal Terrae* nos plantea (título del artículo) es que es una pregunta acertada, de capital importancia y de rabiosa actualidad, porque, formulada de esa manera lacónica, es la pregunta que hoy en día se hacen muchos a lo largo y ancho del mundo occidental cristiano: *¿Es el Islam un peligro?* Claro que, para dar una respuesta mínimamente exacta, antes tenemos que hacernos otra pregunta: ¿De qué Islam hablamos cuando preguntamos si el Islam es un peligro? Esta ambigüedad de la pregunta, intencionada o no, es muy interesante para todos, pues nos obliga a entrar en ese juego de alta sabiduría, propia de los espíritus nobles y cabales, que obliga a «distinguir para unir».

Admitido lo que antecede, sí hay que decir que existe en Occidente una *impresión,* debido a lo que se está viendo, con respecto al Islam y a los musulmanes; una inquietud; un cierto miedo que se manifiesta en una serie de nuevas preguntas, fruto de ese peligro que se «huele», se «presiente», se justifica por no se sabe qué motivos o intereses: ¿Nos conquistará de nuevo el Islam si siguen llegando pateras cargadas de musulmanes? ¿Se convertirán nuestras iglesias, románicas como las de la Sra. Marta Ferrusola o de cualquier otro estilo, en mezquitas, como ya ocurrió con la «reconquista», que las mezquitas se convirtieron en iglesias e incluso en catedrales? ¿Existe una «internacional verde» islámica que

* Sacerdote de los Padres Blancos, arabista e islamólogo. Director de «Darek-Nyumba», Centro de Investigación Hispano-Árabe e Islamo-Cristiano. Madrid.

prepara la invasión de Occidente imponiéndonos a todos el Islam, con sus *burkas* y sus leyes medievales con respecto a la mujer? ¿No sigue atormentando los sueños de niños y adultos, en este Occidente nuestro, Bin Laden, educado y financiado por la CIA y convertido, por obra y gracia de Bush y sus omnipotentes Medios, en el «mal supremo» y el «peligro absoluto»? Y es que oímos y leemos por esos Medios que el Islam reaparece con fuerza en la escena de Europa y en el mundo como una amenaza que sería absurdo, al par que temerario, no tener en cuenta[1].

Con la tozudez y la sabia discreción de todo lo que está vivo, el Islam va estableciendo en Europa una serie de corredores por los que discurre un progresivo proceso de emigración y, consiguientemente, una instalación callada pero segura de las gentes del Islam. A través de los espacios europeos esos movimientos migratorios se van instalando, asumiendo a veces un carácter inquietante y dramático. Bastaría, para convencerse de ello, con pensar en el espectáculo de las tristemente famosas «pateras», sobre todo cuando se ve salir de ellas, al ser apresadas por la policía del mar, a esos racimos de hombres, en plena juventud, que arriesgan sus vidas buscando sólo pasar a Europa para intentar encontrar un humilde trabajo con el que subsistir y poder también enviar algo a la familia que se quedó en Marruecos, en Argelia o en Senegal. Y están ahí, en los suburbios de nuestras ciudades, en los barrios populares, como un desafío ético a la Unión Europea, al que es ineludible responder antes de que sea tarde; como un reto a la fe de nuestras viejas iglesias; como un interrogante desesperado a nuestro despilfarro y bienestar; como una profecía para todos, si de una vez nos decidimos todos por el Hombre, por todo el Hombre, por todos los hombres, por encima de ideologías y credos, de lenguas y razas, de estructuras y políticas.

1. Ver algunos títulos recogidos en diarios y revistas de estos últimos años que subrayan de modo alarmante e interesado el peligro del Islam: «El Islam nos penetra»; «La ira de Alá llega hasta acá»; «Guerra contra Occidente en nombre de Alá»; «Una guerra tradicional nos amenaza»; «Larga y paciente mano del Islam en España»; «Córdoba no está en venta»; «Los países musulmanes subvencionan la procreación de los musulmanes en España»; «Más de la mitad de las viviendas del Albaicín han sido adquiridas por la Comunidad musulmana»; «El capital árabe entra a saco en Granada»; «El fundamentalismo amenaza con la reconquista de Granada, Poitiers, Viena y Roma»...

Lo que más inquieta

Lo que más inquieta y provoca la pregunta, la pregunta del peligro del Islam, es el hecho, cada vez más notorio, de constatar que, aprovechando la tolerancia de las democracias occidentales, y también –que todo hay que decirlo– la necesidad que Europa tiene de ellos para mantener su nivel de vida y encontrar trabajadores que hagan los trabajos sucios que nadie quiere, sobre todo cuando se recibe a cambio por ellos un salario de miseria y sin seguros sociales por ser gente «sin papeles», surgen por doquier, como champiñones, mezquitas, salas de oración, restaurantes árabes, librerías especializadas en el Islam, periódicos en caracteres árabes, comercios típicos de esos mundos con fuerte sabor a especias, mujeres veladas y con largos vestidos, escuelas coránicas... Todo ello agravado y agrandado, y hasta jaleado, por los Medios, que lo manipulan en función de unos intereses muy concretos; así, los europeos asisten a este espectáculo asombrados y legítimamente preocupados. De ahí surge la pregunta que sirve de título y exigencia a este trabajo: «¿Es el Islam un peligro?» Claro que esta pregunta ni siquiera se formularía si se tratase de otras religiones, por ejemplo el protestantismo o el budismo.

Unas fijaciones históricas

Es un hecho indiscutible y profundamente empobrecedor que, quién más, quien menos, todos –alto y bajo clero, gente sencilla de la gleba o del taller, hombres de altos saberes y señores de la mitra...– venimos predispuestos contra el Islam, desde hace siglos, por unas *fijaciones históricas* o estructuras mentales de tipo integral que deciden automáticamente, en virtud de reacciones prácticamente predeterminadas, acerca de nuestros sentimientos y actitudes con respecto al Islam y a los musulmanes. Esas fijaciones están ahí, tenaces como un puñado de cal viva en nuestros ojos, impidiéndonos ver y enriquecernos con la verdadera realidad del Islam, como sospecha constante y desgana paralizante que cierran la puerta a toda actitud respetuosa que nos lleve al encuentro fraterno con los musulmanes. Esas fijaciones históricas negativas nos sitúan en el nudo de un trauma de psicología social, en el que el misterio de la fe en el Dios Vivo y de la honda fraternidad de creyentes que compartimos se convierte, por una y otra parte, en un asunto político.

Fijaciones seculares que mantienen la más sólida e infranqueable muralla del fanatismo religioso, sustituyendo el empuje vivo de la fe por el de la ciega agresividad. De no existir esas fijaciones históricas sobre el Islam y los musulmanes, ni a *Sal Terrae* se le habría ocurrido hacer la pregunta sobre si el Islam es un peligro ni, por ejemplo, el clero y los religiosos españoles habrían respondido como respondieron a la encuesta del *Encuentro Islamo-Cristiano*[2].

Por eso, más quizá que sobre cualquier otro tema, los españoles deberíamos capacitarnos para la *disidencia* frente a esas fijaciones históricas que tienen envenenada nuestra sensibilidad y secan nuestra capacidad de admiración y cariño por todo lo que se refiere al Islam. Y ello por la sencilla razón de que la disidencia es una elemental condición para acercarnos libres de verdad al «misterio» del Islam. Porque, tal como venimos de ese pasado histórico y tal como nos marcan la manipulación y la férrea tiranía de los Medios, es imposible un diálogo con el Islam y una sincera colaboración con los musulmanes. Sin olvidar, al contrario, que a los musulmanes les ocurre otro tanto con respecto al Occidente cristiano, aunque en un segundo –razonado y justificado– tiempo.

Un poco de gramática

Cada día resulta más clara y urgente la necesidad que todos tenemos, si queremos entendernos de verdad, sobre todo cuando hablamos del Islam, de un poco de gramática. Que quizá sea lo que más echamos de menos en libros, revistas, diarios, etc. En la gramática que todos estudiamos, se nos insistió –¡y con cuánta razón...!– sobre qué era un sujeto; y, sobre todo, se nos ejercitó en buscar cuál

2. En encuesta realizada a nivel nacional por Darek-Nyumba con sacerdotes y religiosos españoles sobre el Islam, a la pregunta sobre la idea que ocupan la delantera de sus mentes cuando emplean u oyen la palabra «Islam», de los 15 adjetivos, positivos y negativos, mezclados, que se les dio para que señalasen y ordenasen del 1 al 3 los adjetivos que, según ellos, definían mejor y prioritariamente al Islam, éstos fueron los resultados:
   – 1er. lugar: *Fanático,* con el 46,81% de los votos.
   – 2º. lugar: *Machista,* con el 26,71%.
   – 3er. lugar: *Fundamentalista,* con el 26,48%.

   Es decir, una idea totalmente negativa. Y eso que se trataba de sacerdotes y religiosos educadores de la fe, la tolerancia y el diálogo. (Ver *Encuentro Islamo-Cristiano* 342 [octubre 2000]).

era el sujeto verdadero del que se predicaba la acción del verbo. Así tenemos que hacer cuando queremos hablar del Islam: tenemos que esforzarnos por buscar el sujeto verdadero de todo eso que, diariamente y sin el menor escrúpulo, atribuimos al Islam. Por ejemplo, ¿de qué Islam predicamos que es o no es peligroso? Porque, como las famosas noches que eran «mil y una», así también el Islam es uno y plural, y es de gente gramaticalmente correcta, además de honrada, precisar cuál es el Islam-sujeto de esas acciones que, con más o menos escrúpulos, se aplican diariamente al Islam. Es decir: cuando nos preguntamos si el Islam es un peligro, ¿de qué Islam estamos hablando? Porque esto, que nos parece tan elemental, ni es tan fácil ni, lo que es más grave, lo tenemos habitualmente en cuenta. Islam es un *«totum revolutum»* en el que metemos desde las más crueles fechorías hasta las más altas experiencias místicas. Si buscáramos con honradez y nos aclarásemos cuál es el sujeto-Islam del que hablamos, se nos acabarían los miedos con respecto a él, ahuyentaríamos los falsos peligros y hasta descubriríamos el Islam como dulce religión (*al-hanifiyya al-samha*), como experiencia encendida en el «Misterio», con la que colaborar estrechamente para construir juntos un mundo más humano, un mundo de libertad y de auténtico respeto. Y nos capacitaríamos para liberarnos de todas las manipulaciones interesadas de los Medios, que tanto nos empobrecen a todos. Y no olvidemos nunca que el Islam está constituido por más de mil doscientos millones de creyentes.

¿De qué Islam hablamos?

Ésta es la primera y principal pregunta que tenemos que hacernos. De ella dependerá la exactitud de la respuesta que demos a la pregunta de si el Islam es o no un peligro. Pienso que los sacerdotes y religiosos encuestados nos habrían evitado la sorpresa y hasta el escándalo si antes nos hubiesen indicado el sujeto del que predicaban los tres adjetivos que señalaban. Sin precisar el sujeto, nos incapacitamos para emitir juicio alguno al respecto. Igual ocurriría si nos preguntaran si el cristianismo es un peligro y no precisáramos exactamente el sujeto cristianismo. Bastaría entonces con recordar todas las *inquisiciones* habidas, todas las *cruzadas* emprendidas y todas las *presiones* ejercidas por los cristianos en nombre de Dios, para concluir sobre el peligro del cristianismo.

Cuando hablamos del Islam, tres pueden ser, en líneas generales, las corrientes o sujetos posibles y que podemos dividir así:

– Islam fundamental,
– Islam fundamentalista y
– Fundamentalismo islámico.

Por *Islam fundamental* entendemos el movimiento espiritual brotado de la decisiva experiencia de Dios realizada por Mahoma y conservada escrupulosamente a lo largo de los siglos por los musulmanes cabales. Esa experiencia es la esencia del Islam y la clave segura para entender el ser y el devenir del Islam. De esa experiencia, y apoyándose constantemente en ella, se levanta, se alimenta lo que llamamos Islam fundamental, que intenta llevar a una verdadera fraternidad entre los hombres y reconducir a su origen la creación entera, mediante el *recuerdo* con que nos trae y aviva esa herida de la memoria y el talante de incondicional rendimiento que imprime en los que se rinden a ese recuerdo mediante los *cinco pilares* sobre los que reposa, se inspira y se caracteriza la praxis toda de los verdaderos hombres del Islam. En efecto, mediante la *oración,* repetida cinco veces al día, el musulmán recupera el ritmo creador. Por el *azaque* o limosna rompe la violencia de la propiedad privada. El *ayuno* del mes de Ramadán le enseña el sentido exacto de las cosas. La *peregrinación* a La Meca le hace volver al Centro Cósmico de la Energía. Y, coronando todo este edificio de fe, la *shahada* o *profesión de fe,* como piedra angular liberadora del pecado de múltiple idolatría que corrompe en su raíz a los hombres.

Desde esa matriz experiencial del Misterio, el Islam provoca un tipo de hombres libres, relativizadores permanentes de todos los absolutos idolátricos, buscadores del contacto constante de la presencia de Dios. Lo suyo no era un asunto de dogmas ni de humanas certezas, sino la búsqueda del Uno y la duda como permanente compañera de su búsqueda. A la intemperie del Misterio, sin tener «la cosa» segura. Por eso dice Rumi: «El hombre de Dios está más allá de la religión». De ese hontanar vivencial sacará el Islam su peculiar misión en el mundo: no la de ser una religión nueva –el Islam no quiso ser una religión nueva–, sino el recuerdo constante de algo, de Alguien esencial que los hombres habían olvidado y continúan olvidando. Prohibiéndose en este recuerdo a los hombres, y con palabra clarísima de Dios, todo lo que signifique coacción, violencia o imposición: «Nada de coacción en religión» (Cor

2,256). Es éste un Islam que provoca y convoca constantemente una comunidad nueva sin jerarquías, en la que nadie es más que nadie, nadie es intermediario de nadie, nadie tiene poder sobre nadie: hermanados todos por lazos de fe y sumisión que fluyen de la vivida profesión de fe: No hagáis ídolos de nada, porque «no hay otra divinidad fuera de Dios». Verdadera utopía, como aquella de los Hechos de los Apóstoles en que «los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común» (Hch 2,44). La pena es que los hombres, por culpa de nuestros ídolos, siempre estamos por debajo de los horizontes de Dios; sólo el verdadero hombre de Dios está más allá de la religión.

El Islam fundamentalista

Es ese mismo movimiento experiencial convertido en religión el que, aunque portador como el mismo de un recuerdo de autenticidad y hondura, se corrompe muy pronto en su genuino espíritu a causa de la tentación del poder que introdujo la lucha interna y la división (*fitna*). Además, y sobre todo, temeroso de la Palabra Viva de Dios, se lanzó a la cristalización de una peculiar manera de concebir la inspiración verbal de la Escritura tenida por revelada. Debido a esa postura, este Islam fundamentalista, como ocurre en otras «religiones del libro», elabora una doctrina que le hace estar convencido de que no sólo el contenido, sino también la forma del Corán, hasta su última palabra, son de origen divino. De ese modo, la Palabra, según él, se hace Libro; la verdad divina se objetiva en el Corán en forma de palabra y enunciado. Debido a esa inspiración verbal, que olvida el contexto integral y personal de la verdad, el Islam fundamentalista tiende a considerar que el Corán es una especie de ley (*shari'a*) que empapa y regula la vida en todos sus detalles. Llevado hasta el final, es una interpretación legalista del texto coránico que deforma la Escritura e impide leerlo con una libertad siempre abierta a nuevos horizontes, quedándose prisionera de la simple repetición o exégesis regresiva, al servicio de un movimiento de restauración que se consumirá haciendo girar hacia atrás la rueda de la historia y construyendo sobre unas verdades fundamentales carentes de toda dinámica histórica, pretendiendo resucitar en el comienzo del Tercer Milenio la anécdota histórica vivida por Mahoma en Medina.

El fundamentalismo islámico

Esto ya es harina de otro costal. Sucede cuando el Islam Fundamentalista, petrificado por una lectura literaria y objetivante del Corán y vencido por el poder, se convierte en *ideología.* Esta ideologización empujará a sus seguidores al establecimiento de un sistema socio-político semejante al instaurado *coyunturalmente* en Medina por el Profeta, fundiendo y hasta confundiendo lo temporal y lo espiritual[3]. Y aunque la revolución islámica debe pasar por diferentes etapas, siempre tendrá como horizonte final la instauración del Estado islámico, cuya única o principal tarea será la aplicación y defensa, al pie de la letra, de la *shari'a* o Ley islámica. Y luchará con todos los medios, incluso violentos, por el advenimiento del reino de esa Ley, recusando, por todos los medios también, el concepto de *laicidad* (*ilmaniyya*) occidental, o separación de la Religión y el Estado. El resultado de esa ideologización, que cambia y transforma el código genético del Islam Fundamental de espiritual en temporal, es siempre el mismo en el Islam y en cualquier movimiento religioso, como hemos conocido en el cristianismo: monopolio de la verdad, intolerancia en nombre de Dios, exclusión de quien no hace la misma lectura cosificante y legalista de la Palabra, opresión y represión, terrorismo intelectual y descarado despotismo, en nombre, eso sí, de Dios.

¿Es el Islam un peligro?

Si analizamos bien estas tres corrientes en el Islam, que, por razones obvias, no podemos matizar más, no sólo encontramos que son distintas, sino incluso contradictorias, pese a llevar el nombre de Islam. Ahora bien, cuando hablamos del Islam como un peligro, ¿de cuál de los tres queremos hablar? ¿Cuál de ellos es el Islam verda-

3. De paso señalamos que la teoría que los fundamentalistas islámicos proclaman sin pestañear de que, en el Islam, *Religión* y *Estado* van intrínsecamente unidos, no está tan clara como ellos dicen, como se desprende del estudio «Estado y Religión», realizado conjuntamente por especialistas musulmanes y cristianos del grupo GRIC, publicado en *Encuentro Islamo-Cristiano* 188 (diciembre 1987), p. 9, donde afirman: «Esta doctrina llamada islámica no puede reclamarse del Corán ni, por otra parte, del Hadiz. Desde luego, no es la única lectura posible del Corán. Por lo menos, la que nosotros hemos hecho está igualmente fundada».

dero? ¿A cuál de los tres atribuimos, si es que hay que atribuírsela a alguno, la peligrosidad? ¿De cuál de ellos se sirven como pretexto los Medios para indisponernos anímicamente contra el Islam, satanizando el auténtico mensaje coránico? Vayamos por partes.

El *Islam Fundamental:* Como respuesta general, tenemos que decir que el Islam Fundamental como tal, fruto maduro de la experiencia del Misterio, no sólo no es una amenaza para nadie, sino que constituye una gozosa y permanente gracia o *baraka* para todos. Más aún, en nuestro tiempo de olvidos de lo Esencial y de la absurda tarea de fabricantes de ídolos a que se han dedicado los hombres de hoy, este Islam fundamental es una necesidad urgente para todos los hombres. Que nos recuerde –recordar (*tadkir*) es otra exacta definición del Islam y su más clara tarea– y con urgencia, en primer lugar y ante todo, al Dios de siempre, el mismo de todos los hombres, y en segundo lugar la *«creaturidad»,* que todo hombre debe tener presente como una marca de pertenencia incondicional a Dios. Por esa marca indeleble en la criatura, el Dios del Islam se revela como un Dios comprometido y comprometedor con el hombre, sobre todo con los más pobres, provocando constantemente, tanto en la letra como en el espíritu del Corán, una ruptura crítica con la sociedad de ayer, de hoy y de mañana olvidadiza de lo Esencial.

No sólo no es un peligro, como no lo es ninguna religión fundamental, sino que, en la más exacta visión coránica, el Islam Fundamental constituye una *ocasión única* para estimularnos a todos a competir en el bien: «Dios, si hubiera querido, habría hecho de vosotros una sola comunidad, pero quería probaros en lo que os dio. ¡Rivalizad en buenas obras! Todos volveréis a Dios. Ya os informará Él de aquello en que discrepabais» (Cor. 5,48). Claro que eso impone unas exigencias a cristianos y musulmanes: a los primeros, *desligarse de las fijaciones* históricas mediante un *conocimiento* objetivo y hasta cariñoso del Islam; a los segundos, adormecidos durante siglos, neutralizados en su empuje de vida y de esperanza, domesticados en sus exigencias de justicia e igualdad, que sepan cumplir su misión de recordar y nos repitan constantemente, con esa rotundidad con que el almuédano clama cinco veces al día, su invitación desde el alminar: No hagáis dioses de nada, ya que *«no hay otra divinidad fuera de Dios».* Y que esta afirmación categórica, raíz y razón de todo el Islam, permita a sus creyentes, liberados de ídolos, irrumpir en la más viva actualidad sin complejos ni miedos, porque así haciendo liberarán todas las potencialidades del

mensaje coránico, abriendo las puertas al verdadero diálogo interreligioso y a la más generosa colaboración con todos.

¿Y el *Islam fundamentalista*? Esto ya es otra cosa, porque aquí la intervención de la mano del hombre –la mano, sobre todo, de los «hombres de religión»– es mayor; y cuando los hombres ponemos las manos en las cosas de Dios, generalmente estropeamos más que liberamos. Pensamos honradamente, y en principio, que, más que un peligro y amenaza, este Islam, en su estado actual, fosilizado en sus estructuras de poder, empobrecido en su manera de captar y vivir la Palabra de Dios, anulado durante siglos en su razón crítica, exacerbado en su reflejo identificador que le lleva a levantar a cal y canto barreras mentales impermeables con el resto del mundo y a maldecir la modernidad, *es una tremenda pobreza,* en primer lugar para los propios musulmanes, excluidos del devenir y de la integración fecunda en lo universal, pero también para la comunidad humana en general. El Islam fue grande y realizó su misión universal intercambiando con las civilizaciones que le rodeaban (persa, india, griega, cristiana...) y fecundando después la total cultura humana. ¡Qué gran riqueza para la Humanidad si esa quinta parte de los hombres que forman la Comunidad islámica emprendiese un valiente y lúcido *aggiornamento* que le permitiese liberarse de ese lastre de siglos, de ese acobardamiento histórico, de esa ausencia lamentable en la escena mundial, de ese guardarse desconfiados las semillas que el Islam traía para la comunidad total...! *Aggiornamento* que tendrán que llevar a cabo, no copiando lo de fuera, y menos aún lo impuesto desde fuera, sino acudiendo a su más honda y clara raíz, como los árboles al florecer.

El *Fundamentalismo islámico.* No basta con decir –cosa que es verdad– que el *Islam Fundamental* es una *baraka* o gracia para todos, musulmanes o no; ni que el *Islam fundamentalista* se sitúa desde hace siglos en una actitud de pobreza paralizante para la fe de sus seguidores. Ambos pueden ser también un *peligro* para los musulmanes. Y para Occidente, si olvidan, como de hecho ocurre, a los pobres o, mejor, a los *empobrecidos* de su mundo y del mundo; si no responden a las esperanzas inaplazables de sus hombres y de todos los hombres. Porque ese olvido de los empobrecidos puede convertirse en caldo de cultivo para la loca y peligrosa aventura de los fundamentalismos islámicos, impacientes ante la situación inhumana de las masas musulmanas, la manipulación egoísta del colonialismo siempre vivo y sin entrañas, que no acaba de enterarse de

lo que es vivir en humanidad, de cara al futuro de todos los hombres sin excepción, y el vergonzoso ejemplo de tantos jeques y reyezuelos «protegidos» por los poderosos occidentales y que, seguros con esa protección, se gastan los bienes de sus pueblos en las mil y una «marbellas» del mundo, de espaldas a la inhumana situación de tantos.

Porque es ese olvido de los empobrecidos lo que da pie a los Fundamentalismos islámicos (Hermanos Musulmanes, Yamaat Islamiyya, Revolución de Jomeini, etc., con sus movimientos: Hamas, Qaeda...) para servirse del Islam como proyecto político e intentar llevar a cabo, en la medida de lo posible, una globalizante aventura política en nombre del Islam. Y es que las masas musulmanas, víctimas de tantas injusticias, borrachas de tantas lágrimas, hambrientas de tantas hambres, heridas en su más honda entraña religiosa por la acometida, no sólo contra sus riquezas materiales, sino también contra su ser islámico por parte de poderes extraños, abandonadas a su suerte, pueden ser, y en algunas partes lo son, un peligro, una seria amenaza. Porque no se puede abusar eternamente de las masas humanas. ¿Quién, que viva la dura realidad que viven los pueblos del Islam, no prestaría oídos a cualquier palabra, gesto o proyecto que les aclare un poco el horizonte imprescindible de la esperanza?

Y ahí está la tremenda responsabilidad del Islam, tanto fundamental como fundamentalista, y del Occidente «cristiano», que se escandaliza de las *burkas* de las mujeres afganas pero no se sobresalta ante los veinte años de guerra impuestos a Afganistán ni ante el bombardeo ciego y criminal a que ha sometido durante semanas a ese pobre país, como acabamos de ver. ¡Y todo por estar cerca del mar Caspio, que tiene gas y petróleo en cantidad! Ese Occidente que achaca al Islam en general, sin distinción de ninguna clase, las aberraciones culturales tradicionales menos islámicas y, sin embargo, omite denunciar el genocidio y el boicot que él mismo está cometiendo contra el pueblo iraquí, y todo porque tiene un presidente-dictador... ¡Como si fuese el único país con un dictador en este mundo de locos en que vivimos!

Esta situación de desesperanza es la oportunidad que intentan explotar los islamistas para llevar a cabo su proyecto revolucionario. El hambriento, en cualquier religión y cultura, escucha y sigue a quien le habla de pan. Y son precisamente los islamistas los que hoy le hablan de pan y de dignidad, los que le predican el final del

camino de la humillación y la explotación. A través de su retórica religiosa intentan atraer a las masas y derribar a los gobiernos. No es una oposición religiosa, sino política. Lo que el Fundamentalismo quiere, en definitiva, es hacerse con el poder, por el medio que sea, para instaurar una sociedad como en los tiempos del Profeta en Medina. Una sociedad islámica opuesta a Occidente y sus valores y contra su imperialismo hegemónico mundial y globalizante, que no entiende o no quiere entender que no se puede estar eternamente dominando y explotando a las mayorías, y que el camino de la humillación y de la explotación sin escrúpulos llevado a cabo por Occidente sólo puede llevarnos al desastre. Y ésos, los «empobrecidos», son el verdadero peligro, no el Islam. Son los fundamentalismos islámicos, que piensan el Islam en términos políticos y más de política globalizante, los que conducen al fracaso. Ya que una cosa es controlar las costumbres con *shari'as,* y otra bien diferente gestionar la política, la economía, la técnica, para las que se muestra incapaz. Como todas las utopías, el Fundamentalismo islámico no resiste la prueba del poder. Y aquí sí que hay un peligro, como señala con su autoridad el arabista e islamólogo Jacques Berque: «En cuanto a la ideología integrista o islamista, la considero una interpretación tendenciosa del Islam. No es un regreso a las fuentes, ni tan siquiera una interpretación conservadora o tradicionalista del Islam. El islamismo es toda una desviación del Islam. Y no dudo en calificarlo de una ideología fascistizante abusivamente basada en el Islam»[4].

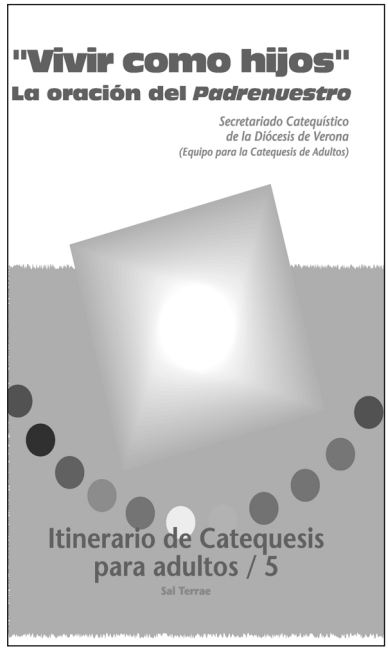
Es en el mundo de los empobrecidos concientizados por el Fundamentalismo islámico, y no en el Islam como tal, donde se está incubando el peligro para los poderosos de Occidente, aunque éste, para justificar y ocultar sus crímenes y atropellos a escala mundial, se sirva del Islam como espantapájaros, como ya lo hizo antes con el comunismo. El verdadero peligro está en ir por el mundo «sembrando invasiones, golpes de Estado, dictaduras, derrocamientos de regímenes democráticos a amplios sectores geográficos de la Tierra, con ingentes secuelas de dolor, opresión, miseria y atraso»[5], como lo hacen los Estados Unidos, y después echar toda esa tremenda responsabilidad sobre el Islam. Sólo como concientizador de los empobrecidos puede el fundamentalismo islámico ser un peligro, pero

4. Entrevista en *El País,* 9 de mayo de 1991.
5. Benjamín FORCANO, en *Éxodo* 60 (octubre 2001), p. 60.

sólo para los poderosos y sus desmedidas ambiciones. No olvidemos, como decía con certera visión Leonardo Wolf, que «el Islam es la única fuerza del Sur capaz de enfrentarse al dominio del Norte». Olvidar esto, cuando queremos reflexionar sobre el peligro del Islam, es salirse de la realidad, vivir en otra galaxia y ser víctima de la tiranía informática y la dictatorial gestión publicitaria del espacio social. El peligro verdadero viene de los que oprimen, no de los que intentan salir de la esclavitud. Y ya sabemos donde están los unos y los otros.

ST EDITORIAL
SALTERRAE
Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD



El volumen *Vivir como hijos. La oración del Padrenuestro,* continuando la serie de itinerarios bíblicos, presenta ocho catequesis sobre la versión de Mateo del *Padrenuestro,* la primera de las cuales es una introducción a la oración cristiana ("Enséñanos a orar"), mientras que las otras siete pretenden descubrir el significado de cada una de las restantes invocaciones. De todo ello resulta un espléndido itinerario catequístico no sólo sobre la oración, sino sobre toda la vida cristiana.

El texto permite a los adultos de las comunidades cristianas, y también a los que siguen una búsqueda personal, descubrir de nuevo la paternidad de Dios y nuestra realidad de hijos y hermanos. La originalidad de este libro, experimentado ya durante años, radica en la armonía entre su contenido y el método que ofrece, a base de encuentros basados en la participación activa, por lo que resulta especialmente apropiado para grupos de jóvenes y de adultos.

216 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 12,50 €**

ST 90 (2002) 705-718

LOS LIBROS

De «Proyecto de hermano» a agradecimiento de hermanos.

Simposio con J. I. González Faus

Centre d'Estudis «CRISTIANISME I JUSTÍCIA»

El Centro «Cristianisme i Justícia» ha celebrado el día 11 de mayo de 2002 los 20 años de su fundación, y ha querido manifestar con este libro un agradecimiento especial a José Ignacio González Faus, responsable del Área Teológica del Centro y que viene animándolo desde 1981 «con dinamismo, vigor y tenacidad imparables», según palabras del equipo.

Unos cuantos amigos de CiJ y de su entorno lo proyectaron a raíz de su jubilación docente, pero querían huir, por un lado, de la clásica *miscelánea* y, por otro, del simple homenaje: ni el estilo de CiJ ni la manera de ser de González Faus lo habrían tolerado. Por eso se decidieron por el género literario *simposio* y han presentado un escrito que recoge, en forma de «variaciones», algunos de los temas de la reflexión de González Faus.

Sobre la mesa del *simposio* aparecen la Teología sistemática y la Biblia, la Cristología, la Espiritualidad ignaciana y la Eclesiología, todo ello con una clara e inequívoca presencia de los pobres y sin que falte el humor, buen condimento del amor:

1. **El teólogo: memoria, acompañamiento y profecía** (Josep Vives, Joaquín García Roca y Javier Vitoria).
2. **La humanidad nueva: Jesús, centro y vertebración de la Teología** (Oriol Tuñí, Jon Sobrino, Josep María Rambla).
3. **Proyecto de hermano, don y tarea** (Xavier Alegre, Ignasi Salvat).
4. **Con amor y humor** (Toni Comín, Dolores Aleixandre).
5. **Carta abierta** (Pere Casaldàliga).

El libro tiene el tono directo propio de la amistad, y le da unidad la sintonía con algunas de las constantes del pensamiento teológico de González Faus. Las palabras de Casaldáliga lo cierran de manera magistral:

«Somos muchos y muchas los que venimos caminando contigo por estas veredas de la pequeña o gran Historia Humana, que son también veredas de la Historia de la Salvación, según tú nos has ayudado a entender. Hay un solo Dios, una sola Humanidad, una sola Historia. Yo me sumo sinceramente a este homenaje. Con millares, millones de discípulos o lectores y lectoras tuyos en libros, revistas y periódicos. En entrevistas o en textos o en citas. (...) Nunca deja indiferente lo que escribes. Siempre eres interesante. Porque lo dices, y lo dices bien. Sabes poner Dios, Cristo, la Iglesia, la Historia, la vida humana, al alcance de la sensibilidad moderna. Eres teólogo y periodista. Eres un teólogo humanista, en el sentido de humano y humanizador. Tienes la indignación profética necesaria para sacudir abierta y cortésmente poderes y estructuras y omisiones. Abres brecha. En eclesiología, en cristología, en humanismo. (...)

Un buen teólogo como tú, sabe proclamar siempre la libertad de los hijos e hijas de Dios en la Sociedad y en la Iglesia, y el misericordiosísimo corazón de Aquel que es el Amor. Desde estas orillas del Araguaia y en las vísperas de mi jubilación episcopal, te envío un abrazo del tamaño de nuestra esperanza, Chalo, hermano, buen compañero de Jesús».

Sal Terrae quiere unirse también al agradecimiento tributado por los amigos de CiJ y de González Faus. Dedicamos estas líneas al libro aparecido, para expresar de manera especial nuestro agradecimiento a González Faus, que ha sido durante muchos años –hoy lo sigue siendo también– amigo, inspirador y columna de nuestra revista. ¡Gracias, José Ignacio!

Recensiones

GARCÍA-MONGE, José Antonio, *Unificación personal y experiencia cristiana. Vivir y orar con la sabiduría del corazón,* Sal Terrae, Santander 2001, 424 pp.

Hace unos meses me llegó este libro para recensionar. A los pocos días me dispuse a la tarea; quería que cuanto antes los lectores pudieran saber de él. Sin embargo, mi propósito fue vano: su lectura me llevaba inevitablemente a silenciar mis eficacias, a aparcar mis exigencias y a desacelerar mi ritmo. Su contenido me invitaba a encontrarme conmigo misma, a meditar sobre mi proyecto vital y a abrirme y gustar de la experiencia de Dios.

Para quienes conocemos a José Antonio García-Monge, el que este libro sea un camino de Vida y una experiencia Pascual no nos resulta extraño. Su hondura personal y su madurez creyente se reflejan en cada uno de los capítulos que componen este profundo y vivido libro. Como expresa el autor, éste no es un libro de «doctrina» sino de «itinerario». Es una invitación y una guía en el proceso de unificación y de oración.

El texto se estructura en dos partes. La primera está dedicada a abordar desde una doble dimensión, «teológica y psicológica», distintos aspectos *teóricos* que ayudan a comprender esta propuesta oracional. En esta parte el autor, tras explicar pedagógicamente las bases humanas de la maduración creyente (la evolución de la religiosidad, la influencia de la identidad en los modos de orar, las claves para discernir una oración madura...), describe y fundamenta su experiencia oracional. Una oración hecha desde un corazón contemplativo y basada en dos ingredientes básicos: la consciencia y la fe.

La segunda parte está centrada en la *praxis oracional.* A través de meditaciones y ejercicios de visualización, nos ofrece pistas y sugerencias para «orar lo vivido» y «vivir lo orado», para hacernos conscientes de la acción de Dios en nuestras vidas.

En estos momentos de deshumanización y des-integración vital y social, este libro es un regalo y un testimonio de Buena Noticia. Se lo recomiendo a todas aquellas personas que quieran aprender y enseñar a orar desde la sabiduría del corazón, que quieran arriesgarse a ser y a dejarse hacer por el Espíritu.

Ana García-Mina

BROWN, Raymond E., *Para que tengáis vida. A solas con Juan Evangelista,* Sal Terrae, Santander 2001, 142 pp.

No es a libros como éste a los que nos tiene acostumbrados su autor, uno de los mejores conocedores del Nuevo Testamento en la actualidad. En este caso demuestra una magnífica capacidad para acercar la «alta exégesis» al «gran público» o, al menos, a quienes lean este libro, y más si están dispuestos a servirse de él como guía para una semana de retiro. Su propuesta es que el director de esos días de oración sea el propio Evangelista Juan, autor del cuarto evangelio. R. Brown utiliza la ficción literaria de presentarse como «traductor» de Juan y, a lo largo de siete capítulos, va alternando sus propias reflexiones con palabras de su autor en torno a temas centrales del cuarto Evangelio: «el secreto de Jesús»; «entenderle bien o mal»; «la condición de discípulo»; «fundación de la Iglesia», «gracia que fluye de la adversidad», «amor mutuo», «el Espíritu Santo».

Cada capítulo parte de unos textos joánicos para la oración inicial, seguidos de una explicación que ayuda a comprenderlos, puesta en boca del Evangelista Juan. En la última parte, «el traductor» hace una aplicación contemporánea y concluye con una oración.

Además de facilitar una familiaridad orante con el cuarto evangelio, este breve libro ofrece una aproximación accesible y sencilla a temas controvertidos del Evangelio de Juan y aclara un poco más la identidad del *discípulo amado* (un compañero de Jesús, no uno de los Doce); el *evangelista* (discípulo del *discípulo amado*); la *escuela joánica* (a la que pertenecen los autores de las cartas de Juan).

En resumen, un buen instrumento para un «encuentro sapiencial» con el Cuarto Evangelio.

Dolores Aleixandre

OVIEDO TORRÓ, Lluís, *La fe cristiana ante los nuevos desafíos sociales: Tensiones y respuestas,* Cristiandad, Madrid 2002, 480 pp.

Lluís Oviedo –franciscano español, profesor del «Antoniano» en Roma– considera que su libro pertenece al género de los ensayos apologéticos. Evidentemente, no lo es en el sentido de aquella apologética decadente que todos conocimos de niños, caracterizada por una actitud defensiva y con olor a cuarto cerrado, sino en continuidad con los esfuerzos de los mejores escritores cristianos de todos los tiempos que intentaron comprender las objeciones contra la fe procedentes del entorno cultural con el fin de «dar razón de nuestra espe-

ranza». Por lo tanto, el libro es un diálogo interdisciplinar, aunque en este caso no con la filosofía –que ha sido lo habitual en la apologética–, sino con las ciencias sociales. Ésta es su principal originalidad.

El primer capítulo tiene como tema la secularización, y el segundo la organización eclesial. Los cinco capítulos siguientes están dedicados a los cinco ámbitos en los que, según el memorable «Excurso» de Max Weber al final del primer tomo de sus *Ensayos sobre sociología de la religión,* se produce una importante tensión entre la religión y las sociedades evolucionadas: la economía, la política, el arte, la sexualidad y la ciencia. A ellos añade Lluís Oviedo otro capítulo, dedicado al ámbito de los medios de comunicación social, que no pudo ser previsto por el famoso sociólogo alemán.

Ante la imposibilidad de resumir los ocho capítulos en el espacio disponible, lo haré con el de la secularización, que quizá sea el más útil para los lectores de *Sal Terrae.* La teoría convencional de la secularización, elaborada en los años sesenta, consideraba que el núcleo originario de dicho fenómeno es la progresiva pérdida de funciones que experimenta la religión a medida que las sociedades se modernizan. Y dicho núcleo permanece válido. A partir de ahí se concluía que las religiones sufrirían un imparable declive, hasta llegar a desaparecer; pero esta segunda tesis está siendo revisada por muchos autores. Por una parte, hay sociedades modernas e industrializadas –el ejemplo más evidente es el de Estados Unidos– donde la religión no sólo se mantiene, sino que está viviendo momentos de auténtico esplendor. Y, por otra parte, en las sociedades europeas, más que una desaparición de la religión lo que está ocurriendo, para sorpresa de los sociólogos, es que el vacío dejado por el cristianismo se llena mediante una regresión a formas primitivas de lo religioso (magia, animismo, etc.) y mediante pequeñas o medianas trascendencias; es decir, las llamadas «religiones sin Dios». Con lo cual, incluso quienes se alegraron en su momento del declive del cristianismo están hoy empezando a lamentarlo.

Descubrir que, incluso para un sector importante de la sociología actual, el declive de lo religioso –y más concretamente del cristianismo– ni es inevitable ni deseable, puede tener importancia para aumentar la confianza de los creyentes en sí mismos y tratar de reconquistar el terreno perdido por sus actitudes derrotistas. En opinión del Autor, la modernización no comporta una inevitable pérdida de la dimensión religiosa, sino que ese declive es tan sólo el síntoma de una mala adecuación de la religión a las condiciones sociales y culturales de las sociedades modernas.

Estamos ante un libro importante, original y bien documentado. El Autor ha mostrado prácticamente la fecundidad que pueden tener los estudios interdisciplinares para facilitar la autocomprensión y el crecimiento de la fe cristiana en las

sociedades modernas. Como es lógico, están mucho más madurados los capítulos dedicados a la secularización y a la ciencia, que recorren un camino muy transitado ya por otros autores. Los demás capítulos son más novedosos, pero la reflexión se encuentra todavía en un nivel más incipiente. Aunque no es un libro de lectura fácil, los estudiosos no quedarán defraudados.

Luis González-Carvajal

MAGGI, Alberto, *Las bienaventuranzas. Traducción y comentario de Mateo 5,1-12,* Ediciones El Almendro, Córdoba 2001, 188 pp.

Alberto Maggi nos ofrece en este sugerente libro un profundo análisis de uno de los textos más conocidos y meditados, y sin embargo muchas veces peor comprendidos, de todo el Nuevo Testamento: las ocho bienaventuranzas con las que se abre el «sermón de la montaña» en el evangelio de Mateo. En un esfuerzo por rechazar las interpretaciones deformantes, de carácter «pseudo-espiritualista», que con frecuencia se han dado a este pasaje, el autor examina con detenimiento cada palabra, ofreciéndonos un comentario que es a la vez científicamente riguroso y vitalmente interpelante.

El sentido del texto se ilumina, como nos hace ver Maggi, al ponerlo en relación con el conjunto del evangelio de Mateo y con el resto de los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento. El deseo del autor es que su estudio resulte accesible a todo tipo de lectores, y por eso concentra las explicaciones más técnicas en las numerosas notas a pie de página, así como en la «ficha técnica» con que se cierra la obra. Esta distribución permite leer con agilidad el libro y, a la vez, permite, a quien tenga la paciencia de ir comprobando las numerosas referencias bíblicas de las notas, valorar más a fondo los argumentos en los que el autor apoya su interpretación. Dada la abultada cantidad de citas escriturísticas, es inevitable que haya algunos errores y descuidos, que sería deseable se subsanaran en ulteriores ediciones.

Para Maggi, que en su exégesis sigue la línea de autores como Mateos, Camacho, Luz o Bonnard, la clave del texto mateano está en la comprensión de la primera bienaventuranza: los «pobres en el espíritu» no son, según él, los resignados, humildes o desprendidos, sino «los que eligen ser pobres». Sólo desde la libre aceptación de la propuesta radical de Jesús (renunciar a los propios bienes para compartirlos con los demás) es posible entrar en el «reino de Dios», como modo de vida alternativo al sistema de este mundo y capaz de hacer vivir al hombre en plenitud. Desde este punto de partida se ahonda en el sentido de las demás bienaventuranzas.

La propuesta del autor subraya lo que tiene el mensaje de las bie-

naventuranzas –y todo el evangelio– de invitación a un seguimiento-identificación con Jesús que es profundamente exigente (la persecución por parte del mundo resulta inevitable para quien se toma en serio la opción del Reino) y, a la vez, paradójicamente felicitante. Su interpretación del texto de Mateo encierra probablemente puntos discutibles, pero resulta de innegable interés para todo el que quiera preguntarse seriamente por la esencia del mensaje cristiano, y no dejará indiferente a ningún lector.

José Luis Vázquez

LLAMAS VELA, Antonio, *Orar con la Biblia. Práctica de la Lectio Divina,* Paulinas, Madrid 2001, 248 pp.

Con este libro, el autor nos quiere introducir en una lectura orante de la Biblia. Para ello rescata el método que la Iglesia ha utilizado desde hace mucho tiempo: la *Lectio Divina.* Con este método trata de llevar al lector a que experimente al Dios que se esconde en las páginas de la Escritura y, así, «ver» nuestra vida de manera distinta, como les pasó a los discípulos de Emaús: «Él conversa con ellos porque es la Palabra, dialoga y crea encuentros de amistad y amor. Los caminantes tienen labios para las palabras, pero están ofuscados en su discusión, pertrechados de ideas sin sentido, con el corazón aturdido... Él era la Escritura, la Palabra divina, y repasa con ellos su recuerdo» (p. 174).

El libro lo divide en tres partes, que corresponden a los tiempos litúrgicos de Adviento, Cuaresma y Pascua-Pentecostés. Cada uno de ellos consta de una introducción, con una selección de textos bíblicos que marcan muy bien el ritmo de cada tiempo y que se llegan a profundizar en todas sus dimensiones por el método de la *lectio divina,* que el autor sabe ofrecer de una manera a la vez profunda y sencilla para el lector, cumpliendo así con su objetivo principal al escribir este libro: «Ésta es nuestra tarea, descubrir en la Palabra que configura la Biblia la luz que ilumine nuestra vida cotidiana. Se requiere conocimiento de la Biblia, y también es necesario el discernimiento para caer en la cuenta de todo cuanto acontece a nuestro alrededor. Pero ¿en qué consiste la *lectio divina*? El procedimiento o método se lleva a cabo en tres momentos diferentes: lectura, meditación y oración. Todo ello implica el mensaje de cómo debemos entender los caminos de Dios y cómo entendernos a nosotros mismos» (p. 9).

En definitiva, un libro que nos enseña cómo encontrar la fuerza en la Palabra de Dios, y lucidez para saber que el lento camino hacia la paz y la reconciliación, la libertad y la resurrección no será posible sin tomar la cruz de cada día, procurando no desviarse del camino que Dios nos propone.

Juan Pedro Alcaraz Moreno

MAHATMA GANDHI, *Palabras para la paz* (Edición e introducción de Maria Otto), Sal Terrae, Santander 2001, 110 pp.

«Las palabras de Mahatma Gandhi son un luminoso testimonio de no violencia y de paz». De esta forma empieza la presentación de los editores a la obra que comentamos. Quizá no hayan tenido pretensión profética, pero... tal como nos presentan nuestro mundo los noticiarios, sería bueno recordar una vez más, y siempre que sea necesario, cuál ha sido el camino esforzadamente seguido por Gandhi. En este sentido se pronuncia M. Otto en la presentación del libro. La no violencia como camino de paz responde a la intuición más profunda de Gandhi. «Si la no violencia fue para Gandhi condición necesaria y camino para la consecución de sus aspiraciones, y sobre todo de la liberación de la India, para nosotros es condición necesaria y camino hacia la paz».

El libro, compilación de escritos de Gandhi, está estructurado sobre la base del *Sermón de la montaña,* el escrito cristiano que tanto fascinaba a Gandhi y que, desde la visión del cristiano, es criterio para la construcción de la paz. El libro nos propone un camino de sanación desde las mismas raíces de la paz.

En este camino queda reflejada la experiencia de vida del propio Gandhi. En primer lugar, surge «El puente», un intento de trazar la unión universal de toda la humanidad, un romper barreras que se logra buscando a Dios, encontrando la verdad que desde él irrumpe. Verdad que nos torna «flexibles», ya que nos hace reconocer nuestra misma debilidad, donde no hay lugar para la prepotencia.

El segundo paso ya se adentra en las bienaventuranzas: es el de la no violencia, que no es resistencia pasiva. «La *Satyagraha* aspira a conquistar al adversario con el sufrimiento de la propia persona» (p. 36). El tercero es la bienaventuranza de los hambrientos de justicia: éstos son los verdaderos hijos de Dios, los que saben ser iguales entre sí. Como cuarto paso surge el corazón limpio, que exige que lo que se busca se haga con rectitud (búsqueda de la verdad); esto crea la amistad entre todos. Como paso final está el anuncio de las persecuciones a todos los que obran según la justicia. «La fuerza del amor y de la compasión es infinitamente mayor que el poder de las armas» (p. 99). De ahí la conclusión final: «no temáis». El miedo es enemigo de uno mismo y de los demás, nos hace desconfiados; por eso hay que decir adiós al miedo: «la concupiscencia no domada se introduce como un veneno en nuestras vísceras. Algunos dudan que nosotros podamos escapar de esta esclavitud. Pero este libro no ha sido escrito para quienes albergan la duda en su corazón, sino para quienes no pierden el valor de hacer lo que salva» (p. 110).

Éste es el esquema sobre el cual están ordenadas las citas de

Gandhi, lo que no sólo nos permite un acceso a su pensamiento, sino que traza un plan de lo que fue la propia vida de Gandhi. La paz se alcanza buscando la verdad que construye la justicia. Búsqueda de justicia que trae persecuciones que, aceptadas conscientemente, son fuerza para alcanzar la superación del miedo y, así, la victoria de la paz sobre la violencia. Sólo con estas «armas» puede la paz fructificar.

El libro es un buen incentivo a la implicación personal de cada uno en esta construcción de la paz. Con ello tenemos bien patente la fuerza de una vida cuando es bien vivida; aunque la violencia la aniquile, no puede destruirla, y queda como ejemplo que anima a otros a caminar por los mismos senderos.

José Eduardo Lima, SJ

ESPEJA PARDO, Jesús, *El ministerio en la Iglesia. Un cambio de perspectiva,* San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 2001, 228 pp.

En esta monografía, que por la amplitud de temas que abarca y la exhaustividad con que los aborda se acerca al manual, Espeja Pardo nos ofrece un cuadro completo del ministerio ordenado en la Iglesia –quizás el título debería así indicarlo.

La obra, articulada en seis partes, efectúa un muy buen recorrido por la teología del ministerio ordenado, las orientaciones sobre el mismo en los documentos posteriores al Vaticano II, su encuadre en una eclesiología de comunión, la identidad hoy de los ministerios ordenados, las cuestiones relativas al sujeto del ministerio ordenado y la espiritualidad del ministro.

Al hilo de todo ello –y creo que aquí reside la más valiosa aportación de la obra–, el autor va tomando posición en torno a las cuestiones más fundamentales. Una toma de posición sincera y valiente, que se realiza desde una vida entera dedicada al estudio y docencia de la Teología y al ejercicio del ministerio ordenado. El posicionamiento en favor de una eclesiología de comunión que sitúe al ministro en relación y como servicio a la comunidad constituye una línea de fuerza que recorre toda la obra. La necesidad de renovación del ministerio ordenado, siempre en atención a los signos de los tiempos, se habrá de hacer, de modo muy especial, con la mirada puesta en las necesidades de la comunidad.

Al hilo de cada una de las cuestiones, además de un lúcido y riguroso análisis de las categorías implicadas, el autor ofrece posibles claves de cambio «para un cambio de perspectiva» (intención ya expresada en el subtítulo), sin eludir tema espinoso alguno, como la escasez de vocaciones, el clericalismo, la tentación del poder en los ministros, la ordenación de las mujeres o la cuestión del celibato.

Creo, en fin, que la obra es una buena síntesis de la teología del ministerio ordenado; pero no una síntesis meramente académica, sino una síntesis apasionada, inspirada por el deseo de ofrecer vías de renovación y elaborada desde la experiencia de una vida vivida en el ministerio. Acabo con unas palabras del propio autor: «el ministerio del presbítero es un servicio donde [se articulan] la experiencia de la filantropía divina, la empatía con la verdad del ser humano y la perfección oblativa de la propia afectividad. Si la Iglesia debe ser ante todo y finalmente sacramento de la misericordia, el ministro de la comunidad cristiana debe ser ante todo y finalmente una persona compasiva, que se haga cargo y cargue con la miseria de los otros» (p. 217).

Miguel Campo

RÉMOND, René (ed.), *Los grandes descubrimientos del cristianismo,* Mensajero, Bilbao 2001, 256 pp.

Son bastante numerosos los inventos que hoy integran el patrimonio de la humanidad, sin que el común de los mortales sepamos a quiénes debemos agradecérselos. Esto mismo podría haber sucedido con muchos «inventos» del cristianismo. Por eso, al clausurar el segundo milenio de la era cristiana, un grupo de autores franceses ha intentado en este libro repasar someramente sus principales aportaciones a la humanidad: *Andrea Riccardi* escribe sobre la universalidad cristiana como factor de disolución de los particularismos étnicos; *Michel Meslin,* sobre la noción de persona como ser humano individualizado que tiene una existencia autónoma; *Élisabeth Dufourcq* trata el tema de la dignidad de la mujer, en el que muchas anticipaciones sorprendentes fueron después olvidadas; *René Rémond* escribe sobre la libertad religiosa, una consecuencia de la distinción cristiana entre comunidad religiosa y sociedad civil; *Paul Valadier* nos habla de una nueva forma de entender la moral superadora del legalismo; *Xavier Le Pichon* nos explica que la ciencia moderna no habría sido posible sin el humus cristiano, aunque después hayan sido bastante frecuentes los desencuentros entre ambos; *Dominique Ponnau* trata de la riquísima inspiración que ha supuesto el cristianismo para la creatividad de los artistas; *Jean-Yves Calvez* escribe sobre el impulso dado por el cristianismo a la justicia social; *Marcel Merle,* sobre la humanización de la guerra; y, por fin, *Guy Aurenche,* sobre los derechos humanos.

Lógicamente, no todos los capítulos de este libro tienen la misma calidad, pero la mayoría de ellos responden muy bien a los fines buscados. Sólo una cosa me ha llamado la atención: ningún capítulo trata de las aportaciones específicamente religiosas del cristianismo. Yo siempre había creído, por ejem-

plo, que introdujo en el mundo una nueva imagen de Dios.

Ocurre incluso que el libro se cierra con un capítulo de *Jean-Paul Willaime* en el que se presenta el cristianismo como «la religión de la salida de la religión», lo cual le convierte, según el autor, en «la religión del porvenir de la religión»; un planteamiento que quizá responde más al intento de dialogar con aquella sociología de la secularización, tan en boga por los años setenta, y que no toma en consideración la profunda revisión de que ha sido objeto a lo largo de la pasada década. Lo cual no quita que también en este capítulo encontremos no pocas ideas sugerentes.

Luis González-Carvajal

BOVON, François, *El Evangelio según San Lucas. II (Lc 9,51 – 14,35),* Sígueme, Salamanca 2002, 664 pp.

El segundo volumen del comentario al evangelio de Lucas de François Bovon, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Ginebra, conserva la misma estructura que el primero.

Al comienzo de cada comentario de las diversas unidades textuales establecidas por el autor se presenta una traducción de las mismas, realizada –así lo señala el propio autor en el Prólogo– con ciertas libertades, con el fin de poner de relieve las expresiones originales del texto griego.

A ello le sigue un pequeño párrafo que proporciona una primera ayuda y orientación al lector. Tras de él, el autor ofrece dos apartados, amplios y desarrollados (*Análisis / Explicación*), en los que, además de situar adecuadamente cada unidad textual estudiada en su contexto (apartado *Análisis*), hace referencias pertinentes, entre otras cosas, sobre las fuentes de Lucas, sobre su estilo y sobre su teología. Otros dos apartados finales (*Historia de la Influencia / Resumen*) completan el estudio de las unidades textuales: en el primero, que, como el propio autor afirma (cf. Prólogo), ha sufrido un cuidado mayor que el correspondiente del primer volumen del Comentario que nos ocupa, se hace referencia a las numerosas interpretaciones del pasaje a lo largo de la historia; el segundo, breve, ofrece interesantes claves de comprensión de los diversos pasajes comentados.

A lo largo de todo su comentario, el profesor de Ginebra va mostrando los diversos elementos característicos del estilo y el vocabulario lucanos. Por citar sólo algunos ejemplos: el uso de expresiones únicas en Lucas y en el NT (p. 482); el gusto del evangelista por la presentación de parejas (p. 458); los recursos que utiliza para atraer el interés del lector (p. 451).

Dos de los apartados más cuidados por el autor en este comentario, *Análisis e Historia de la Influencia,* ofrecen algunas de las particulares características del Evangelio de Lucas: el evangelista sigue más el

texto de LXX que el TM (p. 71); Lucas utiliza en determinados pasajes un «fondo propio» (p. 113).

Es conveniente también elencar conjuntamente diversas referencias de interés, presentadas por el autor en su comentario. El primero es que Bovon se niega a admitir que Lucas conoce el evangelio de Mateo (cuando hay parentesco entre ambos, hay que hablar entonces del empleo de una fuente común). El segundo es la repetida mención de la importancia que tiene en el evangelio de Lucas la responsabilidad humana (*no hay una gracia barata. Dios da a su Hijo, pero su ofrecimiento tiene que ser aceptado:* p. 251). Un tercer elemento: el corazón teológico del evangelio de Lucas se encuentra en el conocido pasaje *«te doy gracias, Padre, por haber revelado estas cosas a la gente sencilla».* Cuarto elemento: *Jesucristo, según Lucas, es el salvador y el modelo de todos los creyentes y de todas las creyentes.* Con esta frase concluye F. Bovon su comentario a Lc 9,51 – 14,35. No es ésta la única referencia que destaca el autor del Cristo lucano. Éste es también –así queda reflejado en algunos de los textos comentados– el que impone compartir los bienes y no, en cambio, la pobreza.

La obra del profesor de Ginebra es altamente recomendable para comprender más adecuadamente los capítulos del evangelio de Lucas tratados en este comentario. Lo es primordialmente por lo que otro buen exegeta actual (U. Luz) escribía al prologar su propio comentario al evangelio de Mateo: *«el comentario es ese género literario donde mejor se hace patente que todo lo que somos los exegetas se lo debemos al texto, y que en todo lo que hacemos hemos de estar a su servicio».* Buen trabajo de consulta es, pues, la obra de François Bovon para todo/a lector/a que desee entender la riqueza del texto del evangelio de Lucas.

Enrique Sanz Giménez-Rico

NAVIA VELASCO, Carmina, *La ciudad interpela a la Biblia,* Centro Bíblico Verbo Divino, Quito 2001, 158 pp.

Consciente de que no existe «la ciudad», en abstracto, sino «ciudades» concretas, la primera mitad del libro es un estudio sociológico de las ciudades latinoamericanas, caracterizadas por la mezcla y el mestizaje, donde los lazos de vecindad muy estrechos y los sistemas de producción artesanales conviven con rascacielos y edificios inteligentes; la riqueza, con la miseria sórdida; las calles embarradas y sin alcantarillado, con las vías rápidas de ocho o doce carriles que marean a los campesinos con sólo verlas.

La segunda mitad es un estudio de la ciudad en la Biblia, especialmente centrado –como no podía ser de otra forma– en la ciudad de Jerusalén: los orígenes de Israel en

abierta rebelión contra la ciudad-estado, sus leyes y su religión; la paulatina conversión de Jerusalén en una ciudad-estado que explota a los campesinos en todo su ámbito de influencia; la posterior helenización, cuando el poder político-militar da paso a un poder ideológico y a la alienación cultural... Por último, aparece «la nueva Jerusalén», que no es una propuesta sistemática de un nuevo modelo de ciudad, pero sí indica el camino que Israel querría recorrer. Los creyentes –dice la autora– «tenemos que empeñarnos en el diseño y la construcción de una "polis" inspirada en los valores últimos de la Nueva Jerusalén bíblica».

Estamos ante un trabajo serio. Las dos mitades del libro –la sociológica y la bíblica– están muy bien documentadas. Echo en falta, sin embargo, un verdadero diálogo hermenéutico entre ambas. Quienes lean sólo una de ellas no tendrán la sensación de que les falta la otra para entender lo que han leído. Sólo en una ocasión la autora relaciona expresamente un dato sociológico con otro bíblico: cuando en la p. 122 compara las ciudades de asilo del primitivo Israel con los barrios periféricos de las ciudades de América Latina (y me queda la duda de si no será un concordismo algo forzado).

Luis González-Carvajal

O'Neill, Charles E., y Domínguez, Joaquín Mª (dirs.), *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús Biográfico-Temático,* Institutum Historicum S.I. – Universidad Pontificia Comillas, Roma-Madrid 2001, 4 vols., 4.200 pp.

Por fin, después de una larga gestación, ha aparecido el *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús:* obra importantísima, absolutamente necesaria, largo tiempo esperada y que viene a llenar un inmenso vacío historiográfico. Desde el primer diccionario de *Escritores de la Compañía de Jesús,* que publicó en 1608 el gran humanista Pedro de Ribadeneira, no ha cesado de renovarse su contenido por nuevos editores, aumentándolo en autores, bibliografía e información biográfica. La monumental obra de Carlos Sommervogel, *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* (12 vols.), y la más moderna y abreviada de L. Koch, *Jesuitenlexikon,* iban quedando ya anticuadas, a pesar de su valor intrínseco y de su riqueza bibliográfica.

Por eso, al inaugurarse el siglo XXI, el Instituto Histórico S.J. de Roma y la Universidad Pontificia Comillas nos ofrecen esta valiosísima obra que en adelante podrá responder a los muchos interrogantes que constantemente se presentan al investigador en el campo de la información historiográfica.

Como comprenderá el lector, los criterios por los que se rige una

obra de este género son hoy muy diferentes de los que animaban las obras anteriores, que en general eran fruto del trabajo casi exclusivamente individual. Un solo hombre cargaba con el inmenso trabajo de planificar, organizar y redactar toda la obra. Hoy ya no es posible que esto pueda hacerse por una sola persona. La magnitud del número de biografiables y la inmensa bibliografía existente hacen imposible una sola autoría.

De ahí que el presente *Diccionario* sea el resultado de una obra colectiva que, aunque existan diferencias en la calidad de los autores, tiene, sin embargo, la ventaja de ofrecer un panorama más rico y más variado.

El progreso realizado en la lexicografía moderna de los últimos cuatro siglos clasifica o sitúa el Diccionario entre las conquistas del espíritu moderno, como un producto del avanzado estado de la civilización, que testimonia la generalización o democratización del conocimiento en nuestro tiempo. Aquel viejo principio de que *tantum scimus quantum actu memoria retinemus* ha sido sustituido hoy por el Diccionario o la Enciclopedia. Estos instrumentos han ido adquiriendo una aceptación universal con el paso del tiempo, y sólo con ellos podemos valernos para no perdernos en la inmensa selva de los conocimientos actuales. Una sociología de los diccionarios demuestra que su contenido es revelador del estado de la cultura en cada momento, es decir, es el reflejo de una época y, en nuestro caso, el reflejo de una institución como la Compañía de Jesús.

Otro criterio fundamental de este Diccionario es el de ser una obra científica, que exige unas condiciones que no requiere la obra de mera divulgación. La obra científica debe ofrecer los datos rigurosamente contrastados, debe estar redactada con estilo sobrio y debe poner al servicio del investigador el aparato bibliográfico en que se apoya. Con esto se puede avanzar con seguridad en el proceso de investigación.

Sea, pues, muy bienvenida una obra tan necesaria como excelente.

Quintín Aldea

ST EDITORIAL

SALTERRAE

Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Nuevos retos de la familia es un segundo temario de *Actitudes cristianas de la familia.* Hace cinco años que se publicó el primero, con una general aceptación. Como entonces, se trata de diez temas de reflexión familiar sobre las actitudes que, inspiradas por la conciencia y los principios cristianos, deben cultivar los creyentes.

Cada uno de los diez temas se presenta como materia de dos reuniones de grupo, la primera dedicada a ver y analizar la situación: los hechos y sus causas, y las actitudes que se dan sobre el tema propuesto; la segunda trata de profundizar en la Palabra de Dios y la doctrina de la Iglesia sobre el punto tratado, para poder juzgar con ojos cristianos y asumir los compromisos necesarios para transformar las actitudes no cristianas en actitudes rectas y tratar de cambiar la realidad que nos circunda.

248 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 12,00 €**

ST EDITORIAL
SALTERRAE
Apartado 77 39080 Santander ESPAÑA

NOVEDAD

Este último volumen de la obra de Pierre Teilhard de Chardin contiene dos obras maestras inéditas: *El Corazón de la Materia* y *Lo Crístico.* Después reúne por orden cronológico *La Misa sobre el Mundo* y diversos opúsculos recuperados. En *El Corazón de la Materia,* llegado casi al término de su vida, Teilhard se vuelve y percibe con plena lucidez las dos vías convergentes que ha recorrido: la de la Ciencia y la de la Religión. Entonces comprende y expone la unidad de su vida.

Lo Crístico es el apogeo final de la sinfonía teilhardiana. Para Teilhard, el Universo es escatológico, y la consumación de su unidad coincide con una maduración desencadenante del retorno definitivo de Cristo. Debemos continuar el pensamiento de Teilhard en los campos de la ciencia, la filosofía y la teología, más allá de los límites que las circunstancias le impusieron. Sólo así, su obra alcanzará su pleno desarrollo y dará los frutos que él esperaba.

192 págs. **P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €**